

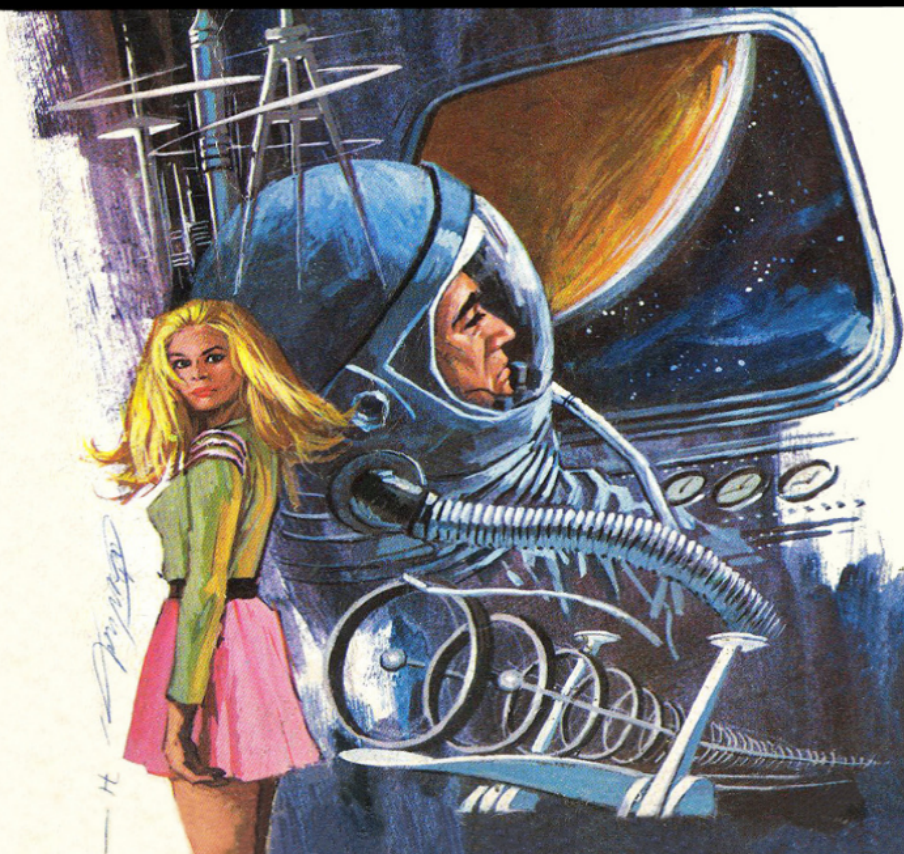
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

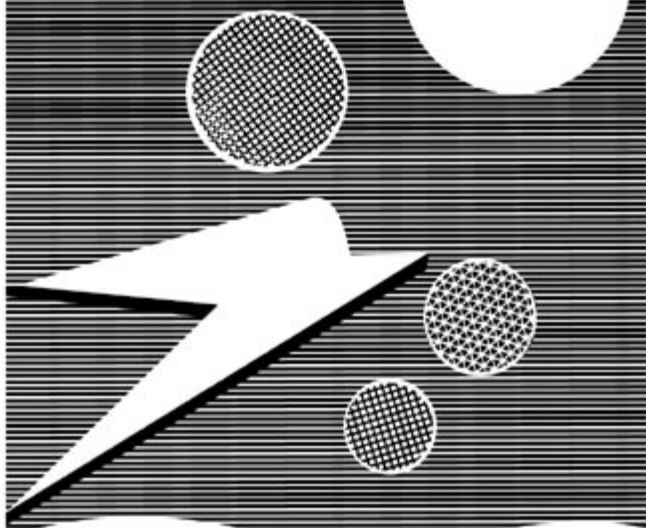
EXPLORADOR DEL FUTURO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

- 85 – Los dos cerebros de Sullivan, *Keith Luger*.
- 86 – Terror en órbita, *Curtis Garland*.
- 87 – El rastro de los inmortales, *Glenn Parrish*.
- 88 – Los dioses, *Cliff Bradley*.
- 89 – Golpe de Estado en Astro-6, *Keith Luger*.

GLENN PARRISH

EXPLORADOR DEL FUTURO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 90

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 9.956 - 1972

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: mayo, 1972

© **Glenn Parrish - 1972**

texto

© **Antonio Bernal - 1972**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones de la
misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del
autor, por lo que cualquier semejanza con personajes,
entidades o hechos pasados o actuales, será simple
coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.
A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1972

CAPITULO PRIMERO

—¡Rayos, vaya un robot más feo!

—¿Es que ahora dejan a los robots ir solos por la calle?

—¿No hay una policía especial para robots?

—Es la primera vez que veo un robot suelto.

—Además, es de un tipo antiquísimo. Una vez, vi yo en la TVC, un programa de historia de la Robótica y en el siglo XX los robots eran como ese monstruo que se pasea por la calle.

—En el siglo XX vivían como salvajes. No me extraña que construyeran robots tan horribles.

«Indiferente» a los comentarios que su paso levantaba por las calles, el robot continuaba su camino. Medía dos metros y medio de altura y tenía una figura muy poco parecida a la humana, salvo que tenía algo parecido a una cabeza, con forma de cajón cúbico, dos enormes brazos terminados en pinzas y dos piernas, que concluían en unos enormes zapatones cuadrados. Cada paso que daba sonaba de un modo tétrico: cloc, cloc, cloc...

Una mujer de mediana edad se encaró de repente con el robot, que se detuvo al tener el paso cerrado.

—Oiga usted, ¿no le da vergüenza pasearse solo por la calle? Usted es una máquina y no puede estar donde están los humanos. Vuélvase a su casa, de prisa.

En la parte superior del tronco, justo bajo la cabeza, se abrió una compuerta y apareció un rostro sonriente, de color plateado: —¿Decía usted, señora?

—¡Qué! —chilló la mujer—. ¿Quién es usted?

—Otro robot, señora —contestó la cara de color de plata—. ¿Puedo servirle en algo?

La mujer se marchó echando pestes contra los tiempos actuales:

—Ya, ni los robots respetan a los humanos. ¡Adonde iremos a parar, si las costumbres siguen depravándose de ese modo!

De pronto, se detuvo y se pegó una palmada en la frente:

—¡Había otro robot dentro del robot! ¿Cómo puede ser eso? —exclamó, atónita.

Se volvió, pero el robot había desaparecido ya de su vista.

Estaba en una calle transversal, detenido ante un grupo de personas que le contemplaban con interés.

—Así eran los robots en el siglo XX.

—¿Y vivían felices?

—¡Qué bárbaros! ¿No se les caía la cara de vergüenza a los robotistas de aquella época?

Una puerta de dos hojas se abrió de pronto en el tronco de aquel robot.

—Tienen ustedes razón, señoras y caballeros —dijo el otro robot, saltando al exterior, ante el asombro de los presentes—. En aquella época, los habitantes de la Tierra eran unos salvajes.

—Pero usted, ¿quién es? —preguntó uno de los presentes.

—Otro robot, claro. ¿Es que no lo están viendo?

Hubo murmullos de asombro entre los presentes.

—Este sí que es un robot.

—Me siento orgulloso de vivir en el siglo XXIX.

—Si no fuese por su color metalizado, diríase que es un hombre.

El robot se alejó, silbando una alegre cancioncilla. Un curioso corrió hacia él y se emparejó a su lado.

—Oiga usted, ¿dónde le han fabricado? Porque a mí me gustaría tener un robot como usted...

—¿Que dónde me han fabricado, dice?

—Sí, eso es. Por favor, indíquemelo...

El robot se detuvo y movió la mano con un gesto de misterio.

—Venga, acérquese y se lo diré al oído —invitó.

El curioso accedió. Un instante después, exclamó:

—¡No!

—¡Sí! —confirmó el robot, sonriendo alegremente.

—¡Es imposible! ¡Dos personas solas no pueden...!

—Pueden, pueden —afirmó el robot, sin dejar de sonreír—. Y de ello hace ya treinta y dos años.

—Pero, debió de costarles carísimo.

El robot suspiró, a la vez que ponía una mano en el hombro del curioso:

—Amigo mío, para unos padres, un hijo nunca es demasiado caro —dijo Bat Cardlin sentenciosamente.

Y, dejando al curioso paralizado por el asombro, sin saber si lo que había oído era cierto o se trataba de una broma, continuó su camino, hasta llegar minutos más tarde a un departamento amueblado lujosamente, en el que había esperándole una bella mujer.

—He ganado, Lily —anunció Cardlin.

Ella sonrió.

—¿Te han confundido con un robot? —preguntó.

—Me han confundido con dos robots —contestó él, lanzando una alegre carcajada—. Aposté a que lo conseguiría y así ha sido. Y tú apostaste en contra, ¿no?

—La verdad, no te creí capaz...

—Tú no me conoces bien todavía, Lily —dijo Cardlin—. Pero aguarda un momento. Voy al baño a quitarme esta pintura metálica.

El agua se llevó la pintura en pocos instantes. Al terminar, Cardlin

hizo funcionar los chorros de aire caliente y se secó.

Luego se vistió con los mismos ropajes, que eran de tejido símil metal. Volvió a la sala y se acercó a Lily.

Ella vestía un largo peinador, de flotantes velos de color rojo, lo cual contrastaba agradablemente con su larga cabellera, de color intensamente negro.

—Paga la apuesta —dijo Cardlin.

Los brazos de Lily emergieron de los velos y se enroscaron en torno al cuello de Cardlin.

—He perdido. Empieza a cobrar —invitó cálidamente.

*

Hervé Duquesne, presidente del Gran Senado, leyó uno de los informes que acababa de llegar a su mesa, y se sobresaltó.

—¡Caramba! ¡Esto puede ser muy grave! —dijo.

Reflexionó unos momentos y luego se inclinó hacia un interfono:

—Comunicación con el director de Exploraciones Temporales —pidió.

—Al momento, señor —contestó una voz femenina.

Sobre la mesa había una gran pantalla de televisión. A los pocos momentos, se iluminó y el rostro de un hombre apareció en el cuadrado de vidrio deslustrado.

—Señor presidente —dijo Just Bernil.

—He leído su informe, director —manifestó Duquesne—. ¿Es cierto?

—Rigurosamente cierto, señor.

—¿Cómo puede afirmarlo, Bernil?

—La exploración cronoscópica no deja lugar a dudas. Es un método, hasta ahora, infalible.

—Ya, ya —murmuró Duquesne, evidentemente preocupado—. Habrá que hacer algo, en tal caso.

—Señor presidente, eso ya no es cosa mía, sino del Gran Senado —contestó Bernil.

—Tiene usted razón, amigo mío —convino Duquesne—Es un asunto que debe resolver el Gran Senado, pero... he observado algo en su informe.

—Dígame, señor presidente.

—Se anuncia una fuerte perturbación, que puede influir en la marcha de los siglos futuros. Sin embargo, no se especifica en qué consiste esa perturbación.

—Lo siento, señor presidente; las interferencias eran muy fuertes y no hemos conseguido averiguarlo. No obstante, le diré que hice una exploración temporal dirigida al siglo XXXII y los resultados

conseguídos fueron terriblemente desalentadores. La Tierra se convertirá en un erial...

—Y todo ello, debido a la catástrofe anunciada por el cronoscopio.

—Es de toda evidencia, señor presidente.

—Gracias otra vez, Bernil. Sí, convocaré al Gran Senado y entre todos decidiremos.

—Soy su seguro servidor, señor presidente —se despidió el director de Exploraciones Temporales.

Después de la conversación, Duquesne reflexionó unos minutos. Al fin, volvió a llamar por el interfono: —Convocatoria para el Gran Senado, hoy, a las diecinueve —ordenó.

—Bien, señor —contestó la voz femenina.

*

Los hombres que componían el Gran Senado que gobernaba a la Tierra no necesitaban moverse de sus casas. Un perfectísimo sistema de TV enlazaba a todos y cada uno de ellos, de tal modo, que la ilusión de hallarse sentados en torno a una mesa era casi auténtica. La televisión corporeizada daba una sensación de realidad absoluta, tanto en sonido como en video —colores totalmente naturales—, y, por supuesto, en relieve físico.

La convocatoria había sido hecha con carácter de excepción, por lo que ninguno de los grandes senadores había dejado de conectar su televisor. El presidente había dado la orden de aislamiento total de los canales intercomunicadores.

—La sesión es absolutamente secreta —dijo—. Todo cuanto en ella se discuta, deberá quedar reservado para nosotros.

Y luego procedió a leer el informe recibido de la DET.

—¿Eso es todo? —preguntó Lo-Ho-Tsu, 5.º gran senador.

—¿Le parece poco? —contestó Duquesne de mal talante.

—Hombre, es que yo no lo veo tan grave como para...

—La catástrofe se producirá dentro de trescientos sesenta y tantos años, ya en el siglo XXXII teniendo en cuenta que el honorable quinto gran senador cuenta con ochenta y dos años de edad y que el promedio de la vida humana, hoy día, en el siglo XXIX, alcanza solamente los doscientos diez, es comprensible que no le importe mucho lo que pueda pasar en el año tres mil ciento noventa, aproximadamente —dijo Duquesne con punzante ironía.

—Hombre, yo no...

—Caballeros —intervino Ray Maltby, 3.º gran senador—, dejémonos de tonterías, y que perdone el presidente mi rudeza. Lo importante es evitar esa catástrofe. Nosotros, hombres del siglo XXIX, tenemos la obligación de dejar una Tierra segura y habitable a

nuestros sucesores. ¿Cómo conseguirlo, en vista de que el anuncio de la catástrofe es, al parecer, completamente creíble?

—A mi entender —intervino otro de los senadores, López-Ell—, sólo hay un medio.

—Pienso lo mismo que usted, López-Ell —dijo Ptovv, 15.º gran senador.

—Aún no he hablado —sonrió el 10.º

—Pero yo también me lo imagino —terció Hara-Hinj, 6.º gran senador.

—Sí, todos pensamos lo mismo —resumió el presidente—. Es preciso evitar el cataclismo, y sólo hay una manera: destrucción física del autor de la catástrofe. Ahora que es tiempo, naturalmente.

—Destrucción física —repitió Tsu con acento pensativo—. Eso entraña algunos problemas de no fácil solución.

—¿Por ejemplo? —preguntó Harmon de Vries, 17.º gran senador.

—No hay pena de muerte, no hay ejecutores de la justicia, antiguamente llamados verdugos. Es preciso buscar uno.

—Tiene usted razón —convino el presidente—. ¿Más problemas?

—Hallado el ejecutor, encontrar el medio de que pueda realizar su función.

—Satisfactoriamente para nosotros y de una forma indolora para la víctima —sugirió Maltby.

—Eso es algo de que debe darse por descontado —accedió el presidente—. Pero, ¿cómo elegimos al ejecutor?

—No hay más que una solución, señor presidente —contestó el 7.º gran senador, Ives Della Rocca—. Es preciso formular una consulta a la DECE. Allí es donde nos dirán el nombre de la persona que debe cumplir la sentencia de muerte contra Esteban K'narn.

CAPITULO II

Un leve campanilleo llamó la atención de Thea Ortman. La joven apretó una tecla y la pantalla que tenía frente a sí, se iluminó en el acto.

—¡Señor presidente! —exclamó, vivamente sorprendida al reconocer a la persona que tenía en imagen.

—¿Cómo está? —saludó Duquesne—. Deseo hablar con Carl, el director de ese centro.

—Lo siento, señor presidente; en estos momentos, el director está haciendo una cura de PEC.

Duquesne puso cara de extrañeza.

—¿PEC? —repitió.

—Oh, perdón, señor presidente —se disculpó Thea—. Quise decir Prolongación de la Existencia Corporal.

—Ah, vamos, una cura de rejuvenecimiento —sonrió Duquesne.

—Sí, señor presidente.

—Debo deducir, en tal caso, que usted es la directora accidental de ese centro.

—En efecto, señor presidente.

—Tan joven y tan guapa —suspiró Duquesne.

Thea se echó a reír.

—Lo de guapa, es discutible, señor presidente. En cuanto a lo de joven, si bien es cierto, no resulta obstáculo para manejar unas máquinas de funcionamiento sencillísimo.

—Sí, pero es que las observaciones que ahí se obtienen son reservadas.

—Todos los que trabajamos en la DECE hemos hecho promesa de no revelar cuanto averigüemos aquí, por razón de nuestros cargos. La juventud, pues, no es obstáculo para desempeñar las funciones de directora.

—No se puede discutir con usted, señorita —sonrió Duquesne—. Bien, he de pedirle algo más confidencial que nunca y, por supuesto, de verdadera urgencia.

—¿Un hombre para un puesto... especial? —adivinó Thea.

—Exactamente.

—¿Qué es lo que debe hacer la persona elegida, señor presidente? —preguntó ella.

—Matar a un hombre.

Hubo un instante de silencio. Thea contemplaba horrorizada la imagen de la pantalla.

—Se... señor presidente, nunca he oído una cosa semejante... Hoy día ya no...

Duquesne volvió a suspirar.

—Hijita, tiene usted toda la razón del mundo —admitió—. Yo tampoco creí que un día, por razón de mi cargo, me vería en la obligación de dar una orden semejante, pero es así y no podemos evitarlo.

—Comprendo —respondió Thea—. Bien, puesto que no hay otro remedio, iniciaré las gestiones inmediatamente. Sin embargo, necesito el mayor número de datos sobre la misión a realizar, a fin de dar con la persona adecuada.

—Una petición muy razonable —convino Duquesne—. Bien, preste atención, señorita.

*

La mano de Bat Cardlin se posó con moderada fuerza sobre el hombro del individuo que estaba apoyado melancólicamente en el mostrador del bar automático.

—Siempre pensando en tus teorías, ¿eh, Esteban?

Esteban K'narn se volvió vivamente al oír aquellas palabras. Una sonrisa apareció en su rostro.

—¡Hola, Bat! —exclamó alegremente—. ¿Qué haces por aquí?

—Ya ves, dando un paseo. No tenía nada que hacer, hasta la hora, y me dije...

—Hasta la hora de encontrarte con ella, ¿no?

—¿La conoces? —se sorprendió Cardlin.

Esteban se echó a reír.

—No, pero siempre hay una «ella» en tu camino —dijo.

—Es cierto —Cardlin rió también—. Chico, a mí tus teorías filosóficas me levantan dolor de cabeza, perdóname la sinceridad. Puedo comprender que a ti te guste especular sobre el futuro, pero yo lo encuentro insoportable. ¡Y, además, tan joven; sólo veintiséis años!

—A veces te doy la razón, Bat —contestó Esteban—. Muchas veces pienso que todas mis elucubraciones filosóficas no son sino tonterías, pero una fuerza irresistible me empuja a continuar con mis especulaciones sobre el porvenir de la humanidad.

—¿Qué métodos empleas para tus deducciones? —preguntó Cardlin.

—Especulaciones y confrontaciones sobre distintos futuribles de un mismo caso, y elección, para un caso análogo, del más adecuado, incluyendo, es lógico, la estimación de todos los factores: sociales, tecnológicos, políticos, geofísicos, sanitarios... De este modo, pienso, se puede prever el futuro con gran precisión, que no excluye

lógicamente, un porcentaje de error. Mínimo, por supuesto.

Cardlin meneó la cabeza.

—Chico, todo eso es demasiado para mí —dijo—. De vez en cuando, opino, deberías dar de lado a tus filosofías y poner los pies en el suelo un poco más, sobre todo, si al lado están los pies de una chica guapa.

Esteban se echó a reír.

—Tiempo habrá para ello, Bat —contestó—. Y, aparte de dedicarte al estudio de las anatomías femeninas que encuentras dignas de ello, ¿qué otra cosa haces?

—En mis ratos libres, trato de encontrar un método que perfeccione las actuales emisiones de ondas cronoscópicas.

—Es verdad, olvidaba que tienes el título de ingeniero temporal. ¿Estás en algún centro oficial?

—No, lo hago por mi cuenta y riesgo. Solicité una subvención oficial y me la concedieron.

—Comprendo. ¿Esperas conseguir algo de tus investigaciones, Bat? Cardlin se puso serio de repente.

—Si mis teorías dieran resultado práctico, conseguiría algo más que los actuales cronoscopios: construiría cronomóviles. Máquinas capaces de moverse a través del tiempo, dicho sea en lenguaje llano.

Esteban le contempló con admiración.

—¡Oye, sería maravilloso! —exclamó—. Tu cronomóvil permitiría la comprobación práctica de mis teorías.

—¿Tan poca fe tienes en ellas? —rió Cardlin.

—No es eso —contestó Esteban—. Simplemente... Bueno, también los investigadores médicos hacen una cosa parecida: «Esta medicina debe curar tal enfermedad», dicen; y están convencidos de que así será, pero el convencimiento definitivo llega sólo cuando el enfermo ha sanado.

—Una metáfora muy brillante —aceptó Cardlin—. Bueno, cuando tenga algo listo, ya te avisaré.

—Gracias, Bat. Oye, hablando, hablando, me he olvidado de invitarte...

—Se me hace tarde ya. ¡Adiós, profeta!

—¡Hasta la vista, Edison del siglo XXIX! —se despidió Esteban con no menos buen humor que su amigo.

*

—Llamada de la DECE, señor —dijo la secretaria.

—Bien —contestó Duquesne—, póngame línea, pero reservada.

—Sí, señor.

La pantalla se iluminó y la figura de Thea, de la cintura para

arriba, apareció en el cuadrado de vidrio.

Duquesne parpadeó.

—Señorita...

—¿Sí, señor presidente? —dijo ella, extrañada.

—Esa indumentaria... ¡Ejem, ejem! —carraspeó Duquesne—. No me parece la más adecuada...

—No se nos exige un uniforme determinado, señor presidente —dijo Thea, evidentemente molesta por la observación de su interlocutor—. Encuentro mi vestido sencillo, práctico y cómodo. Además de bonito, claro.

El «vestido» consistía en dos pedacitos de tela en la región pectoral, sujetos al cuerpo con unas tiras del mismo tejido, que más bien parecían hilos. El resto de la indumentaria eran unos brevísimos pantalones, que no aparecían en pantalla.

—Dispénsame, directora —rogó Duquesne—. Quizá me estoy haciendo ya viejo y ciertas audacias indumentarias me... Bien, nos estamos desviando del tema. ¿Tiene ya la respuesta?

—Sí, señor presidente. El nombre es Bat Cardlin.

—¿Profesión?

—Ingeniero temporal.

—Curioso —musitó Duquesne—. Señorita, ¿no hay posibilidad de error? —preguntó.

—Sí, una entre dieciocho mil setecientos millones, en cifras redondas. Es el número actual de habitantes del planeta.

—Comprendo. No debí haberle hecho esa pregunta... Gracias, señorita, y no olvide que la consulta es estrictamente reservada.

—Lo tendré en cuenta, señor presidente —contestó Thea.

La comunicación se cortó.

Thea estaba muy preocupada.

—¿Por qué se necesita asesinar a un hombre? —murmuró.

De pronto, se le ocurrió una idea. Consultó el indicador de cifras y a los pocos momentos marcaba una en el aparato que tenía ante sí.

Un rostro de hombre surgió a poco en la pantalla.

—¡Hola, sobrina! —exclamó alegremente Just Bernil—. Creí que habrías llegado a olvidarte de mí.

—He tenido un poco de trabajo, tío —se excusó Thea—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro que sí. ¿De qué se trata?

—Tío, tú eres el director de Exploraciones Temporales. ¿Qué puedes decirme acerca del futuro de un tal Esteban K'narn?

La cara de Bernil se ensombreció de repente.

—¿Por qué lo preguntas, Thea? —quiso saber.

—¿No puedes contestarme, tío? —adivinó ella.

—No, lo siento. El asunto es demasiado grave para que lo comente

con nadie, ni aunque sea de la propia familia.

—Tío, yo sé que ese joven tiene ante sí un futuro brillante, pero alguien se lo quiere cortar. ¿Por qué?

—Repito que lo lamento, Thea. Abandonemos este asunto, ¿quieres?

Ella hizo un gesto de resignación.

—Si no hay otro remedio...

—No, no lo hay. Adiós, sobrina.

—Adiós, tío.

La pantalla se apagó. Thea se quedó muy pensativa.

Un hombre iba a morir. Con su futuro, según todas las predicciones cronoscópicas, se iba a evitar un gran cataclismo en el planeta.

Pero, ¿no había otro modo de evitar la catástrofe, cuya fecha, por otra parte, no era demasiado precisa?

Miles de millones de personas podían morir siglos más tarde, pero, ¿debían salvarse a costa de la vida de un hombre?

De pronto, Thea tomó una decisión. Iría a ver al recién designado asesino.

CAPITULO III

El tiesto con las flores se materializó en el interior de la esfera. Bat Cardlin lanzó un taco.

—Nada, que no hay medio...

Una campanilla sonó de pronto, con suaves notas musicales. Cardlin lanzó un suspiro de resignación y conectó el visor de la puerta.

—¿Quién es? ¿Qué desea? —preguntó.

—Quiero hablar con usted, ingeniero Cardlin —dijo Thea Ortman.

El joven contempló la cara que aparecía en la pantalla y sonrió.

—Muy bonita, sí, señor —exclamó—. ¿Quién es usted, por favor?

—Thea Ortman —contestó la muchacha—. ¿No quiere abrirme?

—Desde luego. Espere unos instantes.

Cardlin abandonó su laboratorio y pasó a la sala. Abrió la puerta y contempló ahora, al natural, a su bella visitante.

—Esta clase de espectáculos no se ven a diario —dijo de buen humor—. Pase, señorita Ortman.

—Puede llamarme Thea, a secas —indicó la joven—. Detesto los tratamientos.

—Mi nombre es Bat... Bueno, me llamo Bartolomé, pero todo el mundo me llama Bat. ¿Una píldora, Thea? ¿Qué prefiere? ¿Jerez? ¿Escocés?

—Jerez. Dulce, si tiene, por favor.

—Claro que tengo. A mí me gusta más el seco —sonrió Cardlin—. Puede hablar mientras preparo las bebidas, Thea.

—Gracias, Bat. ¿Se lo han anunciado ya?

Cardlin estaba llenando dos vasos con agua.

—¿Qué es lo que tienen que anunciarme? —preguntó.

—Su designación para... para...

Thea no se atrevía a decir la verdad. Cardlin abrió una cajita y sacó dos cápsulas de medio centímetro de grosor, que puso en los vasos. El agua cambió de color en el acto: ámbar fuerte para el de Thea, amarillo dorado para el de Cardlin.

El ingeniero olió las copas. Luego regresó junto a la joven.

—Tenía algo que decirme, creo —sonrió.

Thea tomó su copa, pero no hizo el menor gesto para probar su contenido.

—Le han designado ejecutor —dijo.

Cardlin arqueó las cejas.

—¿Ejecutor? —repitió—. ¿De qué?

—Verdugo, para que lo entienda mejor.

—Hoy día, hasta los buenos vinos se venden en píldoras —dijo él melancólicamente—. Hubo un tiempo en que había botellas... Oiga, eso de verdugo, una palabra muy antigua y en desuso, por cierto, será una broma, ¿verdad?

—Es la realidad pura, por muy desagradable que pueda parecerle, Bat —contestó Thea.

—Ah, sí, claro, tengo que matar a un hombre. Eso es lo que hacían los verdugos en la antigüedad, ¿no cree?

—Déjese de bromas —exclamó ella, muy irritada—. Le estoy hablando completamente en serio.

Cardlin fijó su mirada en la joven.

—Supongamos que eso es cierto —dijo—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Soy directora accidental de la Dirección de Elección de Cargos Ejecutivos. Investigamos las personas más adecuadas para los cargos administrativos, hasta el de subsecretario. El de gran senador, como usted sabe, es inmediatamente superior, se confiere por elección hereditaria y es vitalicio.

—Ah, ya entiendo. A alguien se le ha ocurrido que i una persona debe morir y sus malditas máquinas me han elegido a mí.

—Así es, Bat, por increíble que pueda parecerle.

—Será un criminal peligroso, supongo. ¿Qué procedimiento debo emplear: el hacha?

Thea hizo un gesto de impaciencia.

—Está tomándoselo en broma y es un asunto muy grave, Bat —manifestó—. Según la ley, usted debe aceptar el cargo y ejecutar cuantas funciones se deriven del mismo, lo mismo si es nombrado portero de un ministerio que subsecretario de Sanidad. Y no hay posibilidad de eludir el nombramiento, una vez hecho por las máquinas y ratificado por el Gran Senado.

Cardlin había dejado de sonreír.

—Esto no es broma, parece —dijo.

—No, no lo es. Por eso estoy yo aquí..., aunque, la verdad, tampoco sé a ciencia cierta por qué he venido —declaró Thea.

—De modo que tengo que matar a un hombre..., pero, ¿quién ha decidido su muerte?

—El Gran Senado, naturalmente.

—¿Bajo la acusación de...?

—Perturbación del futuro y origen de un cataclismo universal.

Cardlin silbó.

—¡Pues, no dice usted nada, muchacha! —exclamó—. Y, supongo, esas catástrofes habrán sido profetizadas por los cronoscopios.

—Sí, Bat.

—¿Cuándo?

—Dentro de unos trescientos años. Es todo lo que sé —respondió

Thea.

Cardlin empezó a pasearse por la sala.

—Dentro de tres siglos ni usted ni yo viviremos para ver esa supuesta catástrofe —dijo—. ¿A quién le preocupa tanto el futuro de la humanidad?

—Al Gran Senado, claro.

—Ah, ya. Y el GS ha decidido que el supuesto originario del cataclismo debe morir.

—Sí, Bat.

—Muy bien. ¿Puedo conocer el nombre de esa persona, Thea?

—Desde luego. Se llama Esteban K'narn.

*

El juramento que soltó Cardlin al oír aquel nombre era más que anticuado: se pronunciaba ya en la Edad Media. Thea se puso colorada al oírlo.

—Dispénsame —se excusó él, después de su arranque—. No he podido contenerme... Pero, ¿es que esa colección de momias vivientes, que componen el Gran Senado, se han vuelto locos? —chilló.

Thea se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo han decretado y es preciso acatar sus decisiones —repuso—. Según la ley...

—¡La ley, un cuerno! —bramó Cardlin, fuera de sí—. Pero, ¿cómo pueden figurarse esos vejestorios que yo voy a convertirme en un asesino?

—No lo sé, Bat. Y además, no todos son unos vejestorios. Hay algunos que sólo tienen cincuenta años...

—Sí, y esperan vivir ciento cincuenta más, disfrutando de las prebendas y bicocas del cargo. Pero, aun así, a ellos no les alcanzaría la catástrofe, Thea.

La joven emitió un hondo suspiro.

—Bat, yo ya le he dicho cuanto sé. Y, si he de serle sincera, no debería haberle puesto sobre aviso —manifestó—. Me imagino que el presidente Duquesne enviará a algún mensajero para comunicarle la noticia, pero no sé cuándo ni cómo lo hará.

Cardlin apretó los labios.

—Matar a Esteban —dijo—. ¿Sabe usted que es uno de mis mejores amigos, por no decir el mejor?

—Lo ignoraba, Bat —contestó ella.

De nuevo se produjo una pausa de silencio. Thea se sintió incómoda. Para mejorar el ambiente, hizo una pregunta: —Usted es ingeniero temporal, Bat. ¿Trabaja ahora en algo?

—Sí —contestó él, sonriendo—. Me gustaría conseguir algo más que un cronoscopio. Usted ya sabe, una máquina que explora visualmente el futuro.

—Cierto —convino la muchacha—, una especie de televisión encarada a una época que aún está por llegar.

—Justamente, es una buena definición. Pero lo que yo pretendo es algo más: construir una máquina no sólo para viajar visual, sino corporalmente.

Thea le contempló con admiración.

—De modo que una persona podría viajar en el tiempo...

—Si mi proyecto diese buenos resultados, desde luego.

—¿Ha conseguido algo?

—No mucho —contestó Cardlin—. Quizá lo he logrado, quizá trabajo en un sentido equivocado, pero, en todo caso, no puedo afirmarlo de un modo rotundo.

—Me gustaría ver sus aparatos —dijo Thea, con una brillante sonrisa.

—Venga por aquí —accedió él, de inmediato.

Pasaron al laboratorio. Thea contempló la maceta situada en el centro de la esfera transparente.

—¿Qué significa ese tiesto? —preguntó.

—Es el sujeto de mi experimento. Lo envío al futuro..., pero no sé si llega o no.

—Suponiendo que llegase, ¿cómo lo sabría usted, Bat?

—Bueno, ahí tiene usted un rosal no muy grande, con tres o cuatro rosas y algunos capullos. Si llegase al futuro, digamos dentro de dos o tres años, habría crecido mucho más y habría rosas a docenas.

Thea se puso una mano bajo la barbilla.

—Usted lo envía al futuro... y luego lo trae a esta época —dijo.

—Sí.

—Pero no ve si llega a, por ejemplo, el año dos mil ochocientos cuarenta y seis. Estamos en el cuarenta y cuatro, Bat.

—No, ¿cómo lo voy a ver? Me lo imagino, simplemente.

—Bat, si su aparato funciona, ese rosal llega al año cuarenta y seis y ya está completamente desarrollado en esa época. Pero usted lo hace retroceder nuevamente dos años. No esperará que tenga el mismo aspecto hoy que dentro de dos años, ¿verdad?

Cardlin se quedó cortado.

Thea sonreía.

—Si usted viaja algún día al futuro, tendrá, a los ojos de las personas actuales, tantos años más como se distancia de ellas, de nosotros, aunque su apariencia siga siendo la misma. Pero al volver al año cuarenta y cuatro, seguirá con su aspecto actual.

—Creo que entiendo —dijo él—. Pero, ¿cómo sabe usted...?

—Elaboré una tesis doctoral sobre «Paradojas dimensionales del espacio y del tiempo». Me la aprobaron con máxima calificación.

Cardlin se frotó el mentón con fuerza.

—¿Sabe?, voy a tener que estudiar a fondo esa tesis —dijo.

—Le enviaré un ejemplar mañana mismo, Bat —prometió ella—. Y cuando construya su primera máquina del tiempo...

—Cronomóvil, es la palabra adecuada —puntualizó Cardlin.

—Bien, cuando tenga su primer cronomóvil, avíseme. Me gustaría viajar al futuro con usted.

Thea le tendió una mano, fina y cálida, que Bat estrechó fuertemente.

—Gracias por su visita... y por su aviso, Thea —dijo.

—Siento lo que le ocurre —declaró ella—. Me gustaría evitárselo, pero me es imposible.

—No se preocupe; es un problema que yo resolveré a mi modo —aseguró el joven.

CAPITULO IV

Duquesne se inclinó hacia la pantalla y dijo:

—López-Ell, ya tengo el nombre del ejecutor.

—Una noticia muy interesante, señor —contestó el 10.º gran senador—. ¿Lo sabe ya el interesado?

—Aún no —contestó Duquesne—. Estoy pendiente de ciertos detalles, que han de ultimarse antes de dar la orden de proceder a la sentencia.

—¿Se pueden conocer esos detalles? —preguntó Lo-Ho-Tsu.

—Sí. En realidad, se concretan en una sola palabra: seguridad.

—¿Seguridad? —repitió Maltby.

—Sí, seguridad nuestra, por supuesto.

Hubo un momento de silencio.

—Creo que empiezo a comprender los motivos de esta convocatoria restringida —dijo Hara-Hinj.

—Lo celebró infinito —sonrió Duquesne—. Por supuesto, el tema de la convocatoria debe quedar reservado para nosotros.

—Sobre eso, no hay duda alguna —aseguró López-Ell.

—¿Cuál será el primer paso para afirmar la seguridad, señor presidente? —inquirió Tsu.

—Mi ayudante personal, capitán Davidus, se encargará de darlo.

—Nos gustaría conocer los detalles de... de ese paso —solicitó Maltby.

—Nada más justo. Se trata de una leve manipulación en la DET.

—Manipular, ¿qué, señor presidente?

Duquesne se enfadó.

—¡Parece usted tonto, hombre! —exclamó.

Y, a continuación, detalló los planes que había elaborado para dar el primer paso con vías de obtener una absoluta seguridad.

—¡Hum! —dudó López-Ell—. ¿Será seguro?

—¿Podemos hacer otra cosa? —retrucó Duquesne.

—Evidentemente, no. Davidus será discreto, imagino.

—Tan discreto como una tumba. Y tan eficiente como un puñal envenenado —afirmó Duquesne.

Se produjo un pequeño intervalo de silencio. Los grandes senadores que asistían televisualmente a la reunión se contemplaron unos a otros.

Al fin, Tsu alzó su mano:

—Aprobado —dijo.

—Aprobado —sonaron varias voces más.

—Gracias, caballeros —sonrió Duquesne—. Les tendré informados

de mi plan sobre seguridad absoluta. Se levanta la sesión.

*

Just Bernil entró en la sala de Exploraciones Temporales y contempló durante unos instantes la pantalla gigante que casi llenaba uno de los muros de la estancia.

—¿Algo de nuevo? —preguntó al operador de turno.

—Nada de particular, señor —contestó el hombre.

—Todo sigue igual, ¿eh?

—Así es. He repetido continuamente la exploración E-190 y los resultados son siempre los mismos.

—Muy bien, puede marcharse, Tony. Yo me quedaré para dar un último repaso.

—Como usted mande, señor Bernil.

El director de Exploraciones Temporales quedó solo en la estancia. Situado frente al gran pupitre de mando, que estaba frente a la pantalla, manejó los controles. Al cabo de un rato, meneó la cabeza con gesto pesimista.

—Todo sigue igual —musitó.

De repente, se dio cuenta de que había alguien más en la sala.

—Eh, ¿qué hace usted aquí? —exclamó.

El intruso sonreía de un modo extraño.

—Perdón, señor Bernil; me colé sin ser visto...

—Este es un lugar reservado exclusivamente para funcionarios del centro —protestó Bernil—. Salga inmediatamente de aquí.

—Lo siento —dijo el intruso—. Créame que lo siento pero...

Tenía en la mano un tubito parecido a una pluma. Presionó con el pulgar y un delgado hilo de luz brotó del aparatito, dirigiéndose rectamente al pecho de Bernil.

Se oyó un grito ahogado. Bernil se tambaleó, mientras de sus ropajes brotaba una leve humareda. Agitó los brazos un poco y se desplomó al pie del pupitre.

Davidus contempló a su víctima con indiferencia. Luego, acercándose a un enorme armario que había a la derecha, buscó uno de sus compartimentos, lo abrió y sacó del mismo un cartucho de forma plana y alargada.

Había infinidad de compartimentos, todos ellos debidamente cifrados. Davidus metió en el hueco otro cartucho y cerró la tapa.

Acto seguido se fue a la mesa de trabajo y tocó una palanquita. La pantalla del videófono se encendió, si bien no apareció en ella ninguna cara humana.

—Soy Davidus —anunció el asesino.

—Ah, hola —contestó el que no se dejaba ver—. ¿Todo bien,

Davidus?

—Todo en orden, señor.

—Lo celebro infinito. ¿Huellas?

Davidus se miró sus manos enguantadas.

—Ninguna, señor —sonrió.

—Magnífico. Ya puede retirarse.

—Sí, señor.

El asesino cortó la comunicación. Luego, tranquilamente, abandonó la sala de exploraciones.

*

—Un involuntario error en el manejo de sus aparatos, fue la causa de la muerte del director de Exploraciones Temporales —anunció el locutor de la televisión—. En efecto, cuando se hace un examen cronoscópico, una deficiente graduación en las frecuencias espaciotemporales puede acarrear una descarga, en retroceso, de altísimo voltaje...

Cardlin oyó la noticia y frunció el ceño.

—¡Qué barbaridad! Pero, ¿cómo ha podido ocurrir una cosa semejante? —se asombró.

Y, en aquel momento, llamaron a la puerta.

Cardlin desconectó el televisor y se puso en pie.

Se acercó a la puerta. El hombre que estaba al otro lado le resultó desconocido.

Abrió.

—¿Ingeniero Cardlin? —preguntó el desconocido.

—Sí, yo mismo.

—Permítame que me presente, ingeniero. Soy el coronel Hartz, jefe de Seguridad de la Presidencia del Gran Senado. Tengo un mensaje personal para usted, ingeniero.

Cardlin se echó a un lado.

—Entre, coronel —invitó.

Hartz vestía corrientemente, sin distintivos que señalasen su rango. Cruzó el umbral y se detuvo a los pocos pasos.

—¿Y bien, coronel? —dijo Cardlin.

Hartz se desabrochó dos botones de su chaquetilla corta y extrajo del interior un sobre lacrado.

—Con los saludos personales del presidente del Gran Senado —declaró.

Cardlin cogió el sobre y lo sopesó unos instantes.

—Nunca supuse que Duquesne tuviese necesidad de mí —dijo al cabo.

—Todos tenemos necesidad de usted, ingeniero —contestó Hartz

un tanto sibilamente.

—Oh, debo de ser un personaje muy importante —rió Cardlin—. ¿Me permite, coronel?

Hortz hizo un gesto de aquiescencia. Cardlin rasgó el sobre y extrajo de su interior una cuartilla de papel fuerte, casi cartulina, plegada por la mitad»

Desdobló la cuartilla. En el ángulo superior izquierdo, marcado en seco, se veía el sello de la Presidencia del Gran Senado, de inconfundible diseño.

El mensaje era escueto y no empleaba palabras inútiles. Cardlin lo leyó rápidamente y luego miró a su visitante.

—¿Conoce usted el contenido de esta orden, coronel? —preguntó.

—Sí, ingeniero.

—¿Ha recibido usted instrucciones especiales para su cumplimiento?

—Ninguna, salvo que, dada su importancia, el presidente Duquesne juzgó conveniente que fuese entregado en mano por un funcionario de cierto relieve.

—Un detalle de suma delicadeza por parte del presidente —agradeció Cardlin. Agitó la cuartilla—. Aquí no se indican detalles secundarios, coronel.

—En efecto, así es.

—Por tanto, es de suponer que se me concede libertad plena para el cumplimiento de esa misión.

—Estoy de acuerdo con usted, ingeniero.

—Lo cual significa que puedo ejecutarla cuándo, cómo y dónde a mí me convenga.

—Exactamente, salvo en lo del cuándo, ingeniero. El presidente estima que no debe demorar demasiado la ejecución.

—Un interés muy natural, coronel. Salude usted al presidente de mi parte y dígame que procuraré ser lo más breve posible.

Hortz hizo una inclinación de cabeza.

—Así se lo comunicaré, ingeniero —aseguró—. Ha sido un placer conocerle —se despidió.

Pero cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, Cardlin llamó su atención.

—¿Coronel?

Hortz se volvió.

—Dígame, ingeniero —contestó.

—En el mensaje tampoco se indica el arma que debo emplear —manifestó Cardlin.

—Es un detalle que queda enteramente a su elección, ingeniero —dijo el visitante.

Instantes después, Cardlin se quedaba a solas.

Muy pensativo, llenó un vaso con agua y añadió una píldora de jerez seco. Bebió sorbo a sorbo, mientras reflexionaba en la misión que acababa de serle encomendada y que, de acuerdo con la ley, no podía rechazar.

Hacía muchísimos años, tal vez cientos, que no se ejecutaba ninguna sentencia de muerte. Ahora, por primera vez en un largo espacio de tiempo, se había dictado una.

Y él debía ser el ejecutor de tal sentencia de muerte, decretada, precisamente, contra su mejor amigo.

CAPITULO V

Los cálculos que Cardlin realizaba, con la ayuda de una microcomputadora, se vieron repentinamente interrumpidos por una llamada.

Cardlin conectó desde su laboratorio el visor de la puerta. Reconoció a Thea Ortman y casi dio un salto en el asiento.

Desde allí, abrió la puerta, pero salió al encuentro de la muchacha. Cuando ella entró en el piso, la vio vestida extrañamente de luto, con un traje negro que le llegaba a los tobillos. En la mano llevaba un paquete.

—¡Thea! —se sorprendió—. ¿Qué le sucede?

Ella parecía muy afligida.

—Vengo del funeral por mi tío —contestó—. No sabía a quién dirigirme y pensé en usted...

—Oh, cuánto lo lamento —expresó él—. ¿Quiere algo de beber?

—Café, por favor —rogó la joven.

Cardlin preparó la infusión y le sirvió una taza.

Thea se lo agradeció con una breve inclinación de cabeza.

—Habrás oído o leído la noticia, ¿no es cierto? —dijo, después de los primeros sorbos.

—¿A qué noticia se refiere usted? —preguntó él.

—Estoy hablando de la muerte de mi tío. Se llamaba Just Bernil y era el director de Exploraciones Temporales.

—Oh, ¿Bernil era tío de usted...? No lo sabía, aunque no por ello deje de lamentarlo igual. Sí, escuché la noticia anteanoche, en un boletín de información. Sufrió un accidente, creo.

Thea dejó la taza vacía a un lado.

—¿Un accidente? —repitió—. Yo no lo creo así, Bat.

Cardlin se quedó perplejo.

—Pero, Thea...

Ella se levantó y empezó a pasearse nerviosamente por la sala.

—Bat, hace ya algún tiempo, tres o cuatro semanas, no recuerdo exactamente, mi tío, durante una cena a la que asistió en mi casa, habló de ciertas perturbaciones sufridas en la DET. No fue muy explícito, aunque dio a entender que algo no iba bien.

—¿Manipulaciones en las exploraciones cronoscópicas?

—Sí, una cosa así. Estaba bastante preocupado, pero luego la conversación se desvió y ya no volvimos a mencionar más el tema.

—Y ahora, porque ha muerto en un accidente...

—Bat, mi tío llevaba doce años como director da DET y veintisiete años en el centro. En todo ese tiempo, los accidentes más graves han

sido alguna que otra dislocación de tobillo, a causa de unas escaleras mal diseñadas, que ya fueron sustituidas. Jamás se oyó hablar de una avería en el cronoscopio ni de un defecto de manipulación, ¿me comprende?

—Desde luego, pero lo que no pasa en cien años, pasa en...

—No eche mano ahora de un refrán estúpido —le interrumpió ella con cierta violencia—. Hablando claramente, mi tío ha sido asesinado.

Cardlin se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? ¿No me cree? —preguntó Thea—. ¿Me toma por una demente?

—Por favor, Thea —rogó él—. Procure calmarse. Serénese, se lo ruego. Ni la creo ni dejo de creerla, pero... una acusación semejante no se puede formular sin pruebas muy serias, ¿comprende?

—Quizá yo pudiera encontrarlas, pero necesitaría ayuda —dijo la joven.

—¿Dónde? —quiso saber Cardlin.

—¿Se atrevería usted a acompañarme a la DET?

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

Cardlin vaciló.

—Será ilegal... —titubeó.

—¿Acaso el asesinato de mi tío es legal? —dijo ella, con amarga ironía.

—No, sólo va a ser legal el asesinato que yo tengo que cometer —masculló Cardlin—. Está bien, la acompañaré, pero, ¿por qué ha tenido que buscarme a mí, Thea?

—La verdad, no lo sé con certeza. Algo me impulsó a venir a su casa y contarle lo que me sucede. Presentí que usted me ayudaría, aunque sólo fuese para devolverme el favor que le hice cuando vine a decirle que debe asesinar a su amigo.

Cardlin torció el gesto.

—Extraña época esta en que nos ha tocado vivir —murmuró—. Desde luego, iré con usted, aunque dudo mucho de encontrar las pruebas de la muerte de su tío, muerte intencionada, por supuesto.

—Las encontraremos —afirmó ella—. ¿Vendrá a buscarme, Bat?

—¿Hora?

—Las once de la noche. La DET está desierta a esas horas.

—De acuerdo, Thea.

Ella trató de sonreír.

—Gracias, Bat. Sabía que no había hecho el viaje en balde —manifestó—. Ah, me olvidaba de darle una cosa. ¿Ya no recuerda mi tesis doctoral? No me acordé, de enviársela, usted ya conoce los motivos.

Thea se inclinó y recogió del diván el paquete que había traído consigo y que puso en manos del joven.

—Espero que esto le sirva de algo para la construcción de su cronomóvil —dijo.

—La conversación que tuvimos el otro día, me ayudó bastante —sonrió Cardlin.

—Las exploraciones a través del tiempo tienen también una base filosófica, aunque parezca que todo se ha de hacer con máquinas y energía eléctrica. A propósito, ¿puedo hacerle una pregunta, Bat?

—Sí, Thea.

—¿Qué... qué piensa de la misión de verdugo que le ha sido asignada?

—Como pensar, pienso horrores —contestó él—. Pero tengo cierta libertad de acción y eso me servirá de mucho.

—¿Para evitar el daño físico a su amigo en sus últimos instantes?

—Para saber si es un acto justo o no.

Thea suspiró.

—Es una orden, dictada a consecuencia de una exploración cronoscópica. Y lo que un cronoscopio ve en el futuro, es algo irrefutable, Bat.

—Ya, ya —contestó él con sorna—. Bien, nos veremos a las once, en la explanada que hay ante la DET.

—Conforme —respondió Thea, estrechándole la mano.

Cardlin se quedó solo. Hizo saltar el libro, que venía envuelto en un papel, sobre sus manos, y luego lo lanzó al diván.

—Lo leeré en otro momento —dijo.

Y se dispuso a cambiarse de ropa, para salir de casa.

*

Esteban K'narn abrió la puerta y se llevó una gran sorpresa al reconocer a su visitante.

—¡Caramba, Bat! —exclamó—. Eres la última persona a quien esperaba ver por mi casa.

—Tú nunca esperas ver a nadie —rió Cardlin—. Vives como un búho y debieras oxigenarte un poco de cuando en cuando. Solo no, por supuesto.

Esteban sonrió de mala gana.

—No sé si es mi timidez, pero hay veces en que las mujeres me dan un miedo horrible —contestó—. ¿Quieres tomar algo?

—Échame una copa, Esteban. ¿Cómo van tus futuristas?

—No puedo quejarme. Preveo una evolución, lenta, pero continua, para dentro de cuarenta o cincuenta años —respondió el filósofo, mientras llenaba dos vasos.

—¿Evolución? —repitió Cardlin—. ¿En qué sentido, Esteban?

—Cambio de sistema en general, empezando por la política, naturalmente. Oh, pero no será instantáneo, sino gradual, como puedes comprender. Dará comienzo, repito, dentro de unos cuarenta años y el período evolutivo habrá terminado otros cuarenta años más tarde.

—Es decir, hacia dos mil novecientos veinticuatro.

—Más o menos. Desde luego, la evolución completa habrá terminado hacia la mitad del siglo próximo.

—¿Beneficiosa?

—Espero que sí, Bat.

—Hombre, Esteban, hasta ahora, no nos va tan mal con este sistema de Gobierno —dijo Cardlin.

Esteban contempló su copa al trasluz.

—¿Estás seguro, Bat? —contestó.

Cardlin se sintió perplejo.

—¿Por qué me lo preguntas? —exclamó.

—Nada, no me hagas caso. —Esteban desvió la conversación—. Imagino que no has venido a verme solamente para hablar de mis teorías filosófico-futuristas, más o menos discutibles y bastante dudosas.

—Pueden ser discutibles, pero quizá no dudosas. Oye, te encuentro pálido y desmejorado, Esteban. ¿No crees que te sentaría bien una buena temporadita en el campo?

Esteban se palpó la cara.

—¿De verdad me encuentras mal? —se alarmó.

—Hombre, dado el género de vida que llevas, no se puede decir que tengas el aspecto de un atleta olímpico. —Cardlin hizo saltar una llave en la mano—. Es de la puerta de mi casita de recreo en la montaña —indicó.

—Pero yo, mis libros, mi psicocomputadora...

—Todo eso puede viajar contigo, Esteban. Y nadie te dice que abandones tu trabajo, sino que es mucho mejor hacerlo ante una ventana abierta, con un bonito paisaje a la vista y respirando el aire puro del campo. De cuando en cuando, un paseíto al sol, para tostar esa piel, que parece de pescado muerto...

—¡Basta, me estás tentando demasiado! —rió Esteban—. Pero hay un inconveniente.

—¿Grave?

—Hombre, soy un desastre en lo que se refiere al manejo de la casa. Aquí ves las cosas medio arregladas, porque tengo una especie de ama de llaves que viene tres veces por semana...

—Como te conozco bastante, he solucionado también ese problema —sonrió Cardlin—. Aguarda un momento, por favor,

Esteban.

Cardlin salió del departamento, bajó a la calle y volvió a subir a los pocos momentos, acompañado de una hermosa joven, de formas rotundas y abundante cabellera negra.

—Esteban, te presento a Lyssis de Groff —dijo—. Lyssis, mi amigo Esteban K'narn.

Lyssis tendió su mano al filósofo y, con voz que era una pura caricia, saludó:

—¿Cómo está usted, señor K'narn?

Esteban miró estupefacto a la joven.

—Se... señora... de Groff...

—Lyssis, por favor —rogó ella dulcemente—. Bat me habló de un empleo que usted iba a darme, señor K'narn.

Esteban se atragantaba.

—¿Yo... un empleo? No... no he dicho nada...

—Es tu nueva ama de llaves, Esteban —dijo Cardlin—. Sabe arreglar la casa estupendamente y es una maravilla con la cocina.

—Le aseguro que no se quedará descontento de mis servicios, señor K'narn —dijo Lyssis.

Cardlin dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Lyssis tiene abajo un aeromóvil, con provisiones para un mes —indicó—. Antes de que se acabe ese plazo, les haré una visita y llevaré más alimentos, si fuese necesario. Sólo necesitas hacer tu equipaje, Esteban, pero yo, en tu lugar, emprendería el viaje inmediatamente.

—Es que no sé dónde está la cabaña...

—El programador de rumbos del aeromóvil tiene grabado el camino de ida —sonrió Cardlin—. Lyssis, ¿le gusta su jefe?

—No hubiera encontrado otro mejor —contestó la morena, con un aleteo incitante de sus espesas pestañas.

Cardlin dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Vamos, Esteban, a ver si en el campo mejoras de aspecto —dijo.

—Yo cuidaré de que así sea —afirmó Lyssis.

Cardlin se marchó, silbando alegremente. Esteban y Lyssis quedaron frente a frente.

Esteban recorrió con la vista el cuerpo de Lyssis, dé curvas muy bien diseñadas y hechas resaltar sabiamente por un ajustado vestido de color amarillo fuerte, que parecía una segunda piel. Al cabo de unos instantes, sonrió.

—Creo..., creo que esa temporadita en el campo me va a sentar muy bien —dijo.

—Estoy segura de que el señor no tendrá queja alguna de mí —declaró Lyssis, con acento no muy propio de un ama de llaves.

CAPITULO VI

Cardlin contempló el enorme bloque que era la Dirección de Exploraciones Cronoscópicas y sintió un repentino desaliento, que le hizo dudar de la utilidad de su presencia en aquel lugar. Por otra parte, el instinto le decía que la investigación que iba a realizar con Thea no iba a resultar tan infructuosa como esperaba.

Una silueta se divisó a lo lejos, avanzando en dirección a la herbosa explanada, donde, bajo un frondoso roble, aguardaba Cardlin. La cara de Thea se hizo visible a poco.

Thea se había puesto otro vestido para la ocasión: un simple traje de una sola pieza, de color negro, con botas altas, de caña blanda y de color negro. Su pelo estaba ceñido por una especie de turbante del mismo color.

—Hola, Bat —saludó.

—Está usted encantadora —sonrió Cardlin.

—No he venido aquí para escuchar piropos —contestó ella con cierta aspereza.

—Dispense...

Thea se pasó una mano por la frente.

—Dispénsame usted a mí —le interrumpió—. Ha sido amable conmigo y yo le he contestado con una grosería. Estoy un poco nerviosa; no me lo tenga en cuenta, Bat.

—Es lógico —sonrió él—. Y ahora, enfrentémonos con un serio problema, Thea.

—¿Cuál es? —preguntó ella.

Cardlin le señaló el enorme portón, de hojas de bronce, que cerraba el edificio.

—Hay ventanas, claro, pero quizá haya también un sistema de alarma...

Thea enseñó algo que tenía en la mano.

—Mi tío, como director, poseía una llave del centro —explicó—. Pude recogerla entre sus efectos personales antes de que lo llevasen al incinerador.

—No ha sido mala idea. ¿Vamos?

Echaron a andar. La explanada estaba completamente desierta.

Thea introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar dos veces hacia la derecha y una hacia la izquierda. A la tercera vez, una de las hojas giró silenciosamente a un lado.

El gran vestíbulo se hallaba alumbrado solamente por un par de lámparas, que le proporcionaban una penumbra espectral. Thea avanzó rectamente hacia una gran escalinata de unos diez o doce

peldaños, de mármol espejeante, y luego se dirigió a un gran círculo que parecía de vidrio translúcido y de color perlino.

La misma llave hizo que el enorme círculo rodase a un lado. La cámara de exploraciones cronoscópicas quedó a la vista.

—Ahí encontraron el cuerpo de mi tío —dijo ella.

Para entrar en la cámara, era preciso descender una escalera de cuatro peldaños. De pronto, Cardlin percibió un leve centelleo a su derecha.

—Eh, Thea, hay un sistema de alarma —exclamó.

Ella volvió la cabeza.

—No, no lo es —contradijo—. Se trata del registro de entrada y salida de empleados.

—Ah —murmuró Cardlin—. ¿Ha dicho registro de entrada y salida?

—Sí, toda persona que entra en esta cámara es registrada, Bat.

—¿Imagen?

—No, fórmula corporal individual. También queda registrada la fecha y la hora, como es lógico.

—Muy interesante, Thea. Es decir, que nuestra presencia aquí ha quedado registrada.

—Así es, Bat.

—Y cuando nos vayamos...

—También registrará nuestra salida.

Cardlin miró a su alrededor. La luz que había en la gran cámara procedía exclusivamente del vestíbulo.

Thea comprendió su intención y buscó el interruptor. La cámara quedó iluminada en el acto.

La luz recién encendida era mucho más potente que los destellos que emitía la registradora automática. Cardlin pensó que, si hubiese habido una iluminación normal al entrar en la cámara, los destellos no habrían llamado su atención.

—Su tío murió anteayer —dijo de pronto.

—Encontraron el cadáver al día siguiente. El forense dictaminó que la muerte, teniendo en cuenta la hora en que había sido hallado el cuerpo, se había producido entre diez y once de la noche. —¿Estaba solo en la cámara?

—Sí. He hablado con Tony Ralston, que era el operador del último turno. Mi tío le despidió a eso de las nueve y media y se quedó solo.

—Y el asesino aprovechó para... ¡Espere un momento, Thea! ¿Cómo se examinan las anotaciones del registro?

—Bueno, supongo que habrá un cartucho de cinta grabadora...

Cardlin se acercó a la registradora y la revisó por todas partes. De pronto, presionó un botón.

Se oyó un chasquido. Una cajita plana, de unos tres centímetros de

largo, por uno de ancho y medio de grueso, cayó en el hueco de su mano.

—Bien, aquí está la grabación del registro de entradas y salidas —dijo, satisfecho—. ¿Hay algún medio de comprobar la fórmula de las personas que han entrado y salido de esta cámara en las últimas cuarenta y ocho horas?

—En todo caso, arriba, en la proyectura que está en el despacho del jefe de personal.

—Parece que conoce usted muy bien este centro —sonrió él.

—Trabajé aquí una temporada. Luego, a causa de mi tesis, me destinaron a la DECE.

—Comprendo. Bien, vamos arriba, Thea.

Ella le guió a través de otra escalera y de un par de pasillos, hasta el despacho del jefe de personal. Una vez encendida la luz, Thea insertó el cartucho de cinta en la proyectura.

Varias fórmulas surgieron en la pantalla. Una de ellas pertenecía a Just Bernil, aseguró Thea.

—Según el registro, entró a las diez menos un minuto —dijo Cardlin.

La pantalla enseñó otra grabación:

«KF-U-10-633-EE-400. 1748-2844. 22.07.»

—Bueno, ya sabemos que un hombre, al que corresponde esa fórmula, entró en la cámara a las diez y siete minutos, ocho después que su tío.

La misma fórmula apareció en la siguiente grabación, con idéntica fecha y señalando el reloj las 22.12.

—Se marchó justamente cinco minutos más tarde —dijo Cardlin.

—Tiempo más que suficiente para asesinarlo.

—Y también para hacer otra cosa, porque cometer un asesinato, aunque uno no tenga experiencia, es cosa que no emplea más allá de un minuto, y puede que exagere.

—Es cierto. ¿Qué hizo el asesino en ese tiempo, Bat?

Cardlin anotó la fórmula.

—Averiguaremos su identidad —dijo—. Ahora, volvamos a la cámara. Quizá podamos encontrar algún dato que nos permita saber qué hizo allí después de cometido su crimen.

Thea sacó el cartucho de la máquina y ambos volvieron a la cámara. El joven colocó el registro nuevamente en su sitio y luego paseó la mirada por la estancia.

—¿Qué hay allí? —preguntó, señalando un enorme armario, que cubría por entero uno de los muros.

—Es el archivo —explicó Thea—. Allí se guardan los cartuchos

con las grabaciones de las exploraciones cronoscópicas.

—Para reproducir determinada grabación en el momento en que se desee.

—Exactamente, Bat.

—Se dice que mi amigo puede provocar un gran cataclismo —murmuró—. Naturalmente, eso se ha averiguado a base de una exploración cronoscópica, que estará archivada en alguna parte.

—Indudablemente, Bat.

—¿No hay un catálogo, Thea?

Ella vaciló un momento. De pronto, avanzó hacia el pupitre y estudió los mandos durante algunos segundos.

Thea guardó silencio, que Cardlin respetó, a fin de no turbar sus reflexiones. De pronto, Thea se volvió hacia el joven.

—Haré funcionar el proyector del catálogo, correspondiente a catástrofes —dijo—. Es el único medio que tenemos de conocer el resultado de esa exploración, Bat.

Cardlin hizo un gesto de aprobación.

—Muy bien, adelante —invitó.

La joven manejó los controles del pupitre. Una pequeña pantalla se encendió a los pocos momentos delante de ella: —Cartucho número 170-344 —leyó la joven en alta voz.

—¿Qué significa eso, Thea?

—Se podría decir que son las coordenadas de su situación en el archivo. Como las consultas sobre catástrofes no abundan, he pedido la grabación del último sondeo cronoscópico. , —Ah, muy bien, me parece estupendo.

Thea se acercó al enorme archivador y buscó la columna 170. Al encontrarla, recorrió las cifras con la vista, hasta hallar el número 344.

—Aquí está —dijo, satisfecha.

Presionó un botón y el cartucho salió de su alvéolo. Con él en la mano, volvió al pupitre de mando.

Instantes después, la gran pantalla se iluminaba. Cardlin y Thea se dispusieron a contemplar el resultado de la última exploración televisual del futuro, según la cual, iba a producirse una gran catástrofe y, para evitarla, no había otra solución que quitar la vida a un ser humano.

*

La pantalla se apagó. Thea y Cardlin intercambiaron una mirada, en la que había una gran dosis de consternación.

—Increíble —dijo él.

—Pero cierto —exclamó Thea—. Los cronoscopios no fallan, Bat.

—Sí, tiene razón. Sin embargo... Me resisto a creer que mi amigo...

—Lo hemos visto ambos, ¿no?

Cardlin apretó los labios.

—Aun así, yo no sería capaz de ejecutarle, Thea.

—¿Desafiaría una orden del Gran Senado?

—Ya la he desafiado —respondió él sibilinamente— De todas formas, aquí ya hemos terminado. Vuelva ese cartucho a su sitio; es hora de que nos marchemos.

—Sí, Bat.

Thea colocó la grabación en su alvéolo. Cardlin aguardaba ya en la puerta.

La joven se reunió con Cardlin. Cuando se disponía a salir, vieron que la puerta principal se movía ligeramente.

—Viene alguien —dijo Cardlin, a la vez que tiraba de la joven hacia sí.

El intruso se detuvo en el umbral. Cardlin aguardó, ya que la distancia de la cámara al gran portón era de más de veinte metros.

Pasaron algunos segundos. De repente, el intruso vio que el gran disco de vidrio estaba corrido a un lado y dio media vuelta.

—Ha sospechado algo —dijo Cardlin, a la vez que se lanzaba en persecución del sujeto.

Alcanzó el portón y salió al exterior. Un aeromóvil negro, sin distintivos, se elevaba raudamente en aquel instante. Cardlin comprendió que ya no podría alcanzarlo, por muchos esfuerzos que hiciese.

Thea se reunió con él.

—¿Dónde está, Bat?

—Ha escapado —contestó el joven.

—¿Sabe quién era?

—Estoy por asegurar que el asesino de tu tío.

Ella se sorprendió vivamente de la respuesta.

—¿Por qué lo dices, Bat? —inquirió.

—Si hubiese sido un empleado del centro, que puede entrar aquí sin dificultad, no habría tenido por qué huir. Pero es muy posible que sea el asesino, no sólo por la razón expuesta, sino porque quizá se ha dado cuenta de que hay un registro de entradas y salidas de personal y que sus grabaciones pueden delatarle con tanta seguridad como si un operador de cine hubiese filmado la escena.

—Es cierto —convino Thea—. ¿No se te ocurre ningún nombre, Bat?

—Por ahora, lo único que se me ocurre es indagar su identidad, a base de la fórmula corporal que hemos encontrado en el registro.

—Tienes razón, Bat. ¿Cuándo piensas hacerlo?

—Lo antes posible, Thea.

—En ese caso, ve a ver a Bladd Awrton. Es el director de Archivo de Fórmulas Corporales, un gran amigo de mi pobre tío. Te ayudará, créeme.

—Gracias por la indicación —sonrió Cardlin—. Y ahora, lo mejor será que regresemos a casa.

—Sí, es lo mejor —convino ella con un suspiro.

CAPITULO VII

—Tiene una visita, señor Awrton —anunció la secretaria.

—¿Quién es, Peggy?

—El capitán Davidus, ayudante personal del Presidente del Gran Senado. Dice que trae un mensaje especial del honorable Hervé Duquesne.

—Muy bien, hágale pasar a mi despacho.

Momentos después, Davidus entraba en la estancia.

—¿Cómo está, señor Awrton? —saludó cortésmente.

—Es un placer conocerle, capitán —sonrió Awrton—. ¿En qué puedo servirle?

Davidus dejó un trozo de papel sobre la mesa.

—El presidente me encarga le pida a usted el registro de la fórmula que ahí se indica —manifestó.

Awrton levantó las cejas, extrañado.

—¿Para qué quiere ese registro el presidente? —inquirió.

—Lo siento, el honorable Duquesne no me da explicaciones, sino órdenes —contestó Davidus.

—Capitán, ¿sabía usted que lo que solicita Duquesne, aunque fuese con una orden escrita por él, que no veo por ninguna parte, es enteramente irregular?

—Señor Awrton, yo no entiendo mucho de leyes. Soy un simple subordinado, que cumple lo que le mandan eso es todo. Por favor, no me haga malgastar un tiempo que no me pertenece enteramente —dijo Davidus impaciente.

Awrton se echó hacia atrás en su asiento.

—Excúseme, capitán —contestó—. Dígame al presidente de mi parte que no puedo quebrantar la ley por un simple capricho suyo.

Los ojos de Davidus emitieron un brillo demoníaco

—Muy bien, Awrton, usted lo ha querido. —Sacó un tubito del bolsillo y apuntó con él a su interlocutor— Es un microproyector de descargas de luz sólida —anunció—. Pida que le envíen ese registro inmediatamente o le convertiré en un cadáver.

—Pero... —Awrton estaba aterrado, ya que jamás le había pasado nada semejante.

—Son altos intereses de Estado. ¡Obedezca!

—E... está bien. —Awrton manejó el interfono y pidió el registro correspondiente a la fórmula que tenía ante sí—. Pero, al menos, Duquesne podía... podía haberme dicho algo... —se quejó después de dar la orden.

—¿No es suficiente con mi presencia? —sonrió Davidus.

De pronto, se acercó a la ventana.

—Tienen una vista magnífica, ¿no es cierto? —añadió.

—Sí —concedió el otro de mala gana—, no nos podemos quejar en ese sentido.

Davidus presionó un botón y el vidrio se alzó.

—¡Ah, qué aire más puro se respira en las alturas! —exclamó. ,

Apoyado con ambas manos en el alféizar, contempló el panorama con delectación. De repente, entró la secretaria y entregó a Awrton una pequeña cápsula.

—La fórmula pedida, señor —dijo.

—Gracias, Peggy, puede retirarse.

Los dos hombres quedaron a solas nuevamente.

—Aquí tiene, capitán —anunció Awrton.

Davidus se dio la vuelta y contempló la cápsula.

—¿Cómo se examina eso? —preguntó.

—Basta insertarla en cualquier amplificador-proyector de imágenes —contestó Awrton—. Siempre que sea de medidas standard, por supuesto.

—Ah, claro, claro... Amigo mío, créame, el honorable Duquesne le estará muy agradecido por este favor. Oh, me mareo... —gimió de pronto.

Awrton se alarmó.

—¿Qué le sucede, capitán? —exclamó, a la vez que se precipitaba para socorrer al supuesto enfermo.

Pero, de repente, se sintió agarrado por el cuello y empujado hacia la ventana. Antes de que pudiera oponer la menor resistencia, Davidus lo lanzó al vacío.

El alarido de Awrton se alejó velozmente. Sin mirar siquiera hacia el que caía al suelo, situado a cuarenta y tantos pisos más abajo, Davidus hizo saltar la cápsula en la palma de la mano.

—Un descuido que ha quedado subsanado —dijo, satisfecho.

Un horrible «plof» subió desde abajo. Componiendo adecuadamente el gesto, Davidus corrió a anunciar la mala noticia a la secretaria.

*

Thea oyó la campanilla del videófono y corrió hacia el aparato. La cara de Cardlin se hizo visible en la pantalla.

—¡Bat! ¿Ha conseguido algo? —inquirió ansiosamente.

—No —respondió el joven—. Tengo malas noticias que darle.

—¿Qué sucede?

—Awrton ha muerto.

—¡Qué! —jadeó la muchacha.

—Lo que oye. Estaba con un visitante y, de súbito, sin que mediara un gesto que hiciese sospechar lo que iba a hacer, se tiró por la ventana. Cuarenta y cuatro pisos, Thea.

—Oh, no —gimió ella—. ¿Cómo ha podido ocurrir tal cosa?

Cardlin se encogió de hombros.

—Ha ocurrido, es todo lo que sé —contestó—. Lo siento, pero tengo un poco de prisa. Ya la llamaré otro rato.

—¿Qué va a hacer ahora, Bat? —preguntó la joven.

—Matar a Esteban —contestó él sorprendentemente.

Y cortó la comunicación.

Thea se quedó perpleja unos instantes. Reflexionó profundamente y, al fin, echó a correr hacia la puerta. Ella también tenía que hacer algo.

*

El hombre estaba bebiendo tranquilamente en un bar automático. Había varios clientes también junto a la barra.

Cardlin entró en el bar y palmeó las espaldas del individuo:

—¡Hola, Esteban K'narn! —saludó efusivamente—. ¿Qué haces por aquí?

—Ya ves —sonrió Esteban—, pasando el rato.

—Claro, ya podrás —dijo Cardlin—. Después de que me robaste aquella fórmula científica, te dedicas a disfrutar de los beneficios que te ha producido, ¿eh?

—Bat, no sé de qué me estás hablando...

Cardlin dio un paso hacia atrás.

—Ya tenía ganas de encontrarte, maldito hijo de perra —gritó, a la vez que sacaba una pistola desintegradora.

Sonaron chillidos de pánico. Cardlin apretó el gatillo y Esteban se convirtió en una nube de humo grisáceo.

Tranquilamente, sin aparentar el menor temor e ignorando el de los testigos de la escena, Cardlin dio media vuelta y abandonó el local.

Una hora más tarde, llamaba al coronel Hartz.

—Ya está —anunció lacónicamente.

—Lo siento, ingeniero —dijo Hartz.

—Más lo he sentido yo..., pero el sentido del deber se ha sobrepuesto a toda otra consideración, coronel.

—Informaré de ello al presidente. Gracias, Cardlin.

—Ha sido un placer, coronel.

Cardlin cerró la comunicación.

—Espero que se hayan tragado el anzuelo —murmuró.

Y, a continuación, llamó a Thea, pero la muchacha no contestó. El

registro automático del videófono le informó de que estaba ausente y que podía dar su mensaje para grabarlo, si así lo deseaba.

Simplemente, Cardlin dijo:

—Thea, llámeme en cuanto llegue.

Y como era un poco tarde, se tendió en el diván para dar una cabezadita, mientras esperaba la llamada de la muchacha.

*

Davidus entró en el despacho particular de Duquesne y aguardó. El presidente del Gran Senado estudiaba unos documentos.

Al cabo de unos segundos, Duquesne alzó la cabeza y miró al oficial.

—K'narn ha muerto —dijo.

—Sí, he oído la noticia —contestó Davidus, impasible.

—Fue una acción desagradable, pero necesaria.

—Opino lo mismo que usted, señor presidente.

—En tal caso, ya sabe usted lo que se debe hacer, capitán.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Infórmeme del feliz final de la operación; eso es todo.

—Así lo haré, señor presidente —contestó Davidus.

El asesino abandonó la estancia. Antes de buscar a Cardlin para matarlo, sin embargo, debía hacer otra cosa mucho más urgente.

La noche anterior le había resultado imposible. Esperaba que ahora no se le presentasen los mismos obstáculos que la víspera.

A las once de la noche, estaba en la dirección de Exploraciones Temporales. Entró sin dificultad y se dirigió a la cámara.

Una vez abierta la puerta circular, se acercó al registro de entrada, sacó el cartucho de grabación y lo sustituyó por otro. Acto seguido, dio media vuelta y se marchó.

Davidus ignoraba que sus movimientos habían sido espiados. Una vez que el asesino hubo abandonado la cámara, Thea, escondida hasta entonces tras el pupitre, se puso en pie.

—¡Ahora sí te hemos pescado! —exclamó.

*

El campanilleo atravesó las brumas de la mente de Cardlin y le despertó. Cardlin se puso en pie y ya iba a poner en funcionamiento el videófono, cuando se dio cuenta que era la campanilla de la puerta.

Corrió a abrir. Thea, envuelta en una larga capa, que le llegaba hasta los pies, le miró desde el umbral.

—Hola, Bat —dijo ella, sonriendo.

—Entre —invitó Cardlin—. Creí que me llamaría, en lugar de

acudir.

—Me ha parecido mejor venir en persona —contestó ella—. Traigo noticias muy interesantes, Bat.

—¡Magnífico! Déjeme que la ayude a quitarse la capa, por favor —dijo él.

Thea se soltó el broche superior. Cardlin tomó la capa y la dejó sobre una silla. Entonces se dio cuenta de que Thea era portadora de una cámara fotográfica, de revelado instantáneo, con un extraño visor adosado a su parte superior.

—¿Qué es eso? —preguntó, intrigado.

—Parte de las noticias —contestó ella—. ¿No puede darme un poco de café?

—Oh, perdone. Siéntese; lo prepararé en dos minutos.

Bastó un poco de agua caliente. Con dos tazas y sendos comprimidos de café instantáneo, la infusión quedó lista muy pronto.

—Aquí tiene —dijo él, momentos más tarde.

—Muy bien, y mientras yo tomo el café, usted se entretendrá en ver estas fotografías que he tomado esta noche.

Cardlin estaba atónito. Miró las fotografías y vio a un individuo en distintas posturas, en la cámara de Exploraciones Temporales.

En una de las placas se veía al sujeto inclinado sobre la columna de registro de entradas y salidas de personal. Inmediatamente, creyó, adivinar lo ocurrido.

—Usted ha tomado estas fotografías —exclamó.

—Sí, con proyector de rayos infrarrojos —admitió Thea—. De este modo, me evité el flash.

Cardlin lanzó una mirada a la cámara y comprendió la utilidad del supuesto visor. Luego volvió a encararse con la joven.

—¿Cómo se le ocurrió? —preguntó.

—Fui a hablar con Peggy Kratt, la secretaria de Awrton. Ella me contó lo que había pasado.

—Sí. ¿Qué más?

—La información de Peggy me dio una idea, contando, además, con lo que nos pasó anoche con el intruso. Fui a la DET, me aposté, esperé... y ahí tiene los resultados. Ese hombre que está ahí fotografiado es el capitán Davidus, el mismo que lanzó a Awrton por la ventana a la calle.

—La muerte de Awrton es un suicidio —exclamó Cardlin.

—Tan suicidio como accidente lo que le pasó a mi tío —contestó ella, con los labios muy prietos—. ¿No me pregunta usted a qué fue Davidus al despacho de Awrton?

—Usted me lo va a decir, Thea.

—Davidus pidió su propia fórmula corporal, es decir, la cápsula de archivo, y se la llevó, después de haber lanzado a Awrton por la

ventana a la calle. Luego fue a la DET y se llevó el cartucho de cinta grabadora, donde está impresionada su fórmula, y puso uno nuevo. ¿Qué más quiere usted, Bat?

Cardlin se puso en pie y empezó a dar paseos por la estancia.

—Las cosas empiezan a aclararse, aunque no del todo —dijo, sin dejar de ir y venir—. Es evidente que mi amigo Esteban va a hacer algo, aunque no lo sabemos con exactitud. Pero eso que va a hacer, indudablemente relacionado con sus teorías filosóficas, puede perjudicar a alguien. Por tanto, conviene suprimirlo.

—Y se da la orden de ejecución.

—Orden que, oficialmente, ha sido ya cumplimentada.

—¿Cómo? —se sorprendió Thea.

Cardlin levantó una mano.

—Luego —dijo—. Sigamos con nuestras especulaciones. Muerto Esteban, ya no puede hacer daño a nadie. Pero, ¿cómo justifican su muerte?

—No se me ocurre nada, Bat.

—A mí sí se me ocurre una cosa: falseando la grabación del sondeo cronoscópico número 170-344.

—¿Qué? —gritó ella—. La actuación de Esteban provocará una gran catástrofe...

Cardlin sonrió.

—No, la catástrofe será otra —contradijo—. Ignoro cuál, pero ya la averiguaremos. Ahora bien, el que falseó la grabación, dejó su rastro en el registro de entradas y salidas, después de matar a su tío. Naturalmente, le convenía borrar pruebas y por eso ha cambiado el cartucho.

—Sí, es lógico.

—Y fue a ver a Awrton para recoger su cápsula de archivo, con la fórmula corporal, porque teme o temía que alguien pudiera identificarle. Cuando mató a su tío, ignoraba, sin duda, la existencia de ese registro de personal. Lo averiguaría después y entonces... ¿Me comprende?

—Sí, es cierto —dijo ella, muy excitada—. Además, yo conozco el nombre del asesino.

—Muy interesante —sonrió Cardlin—. ¿Se lo dijo Peggy?

—En efecto. Es el capitán Davidus, ayudante personal de Duquesne.

Cardlin entornó los ojos.

—¿Será posible que Duquesne esté mezclado en este turbio asunto? —murmuró.

Thea le miraba en silencio, ansiosamente. Al cabo de unos momentos, Cardlin dijo:

—No voy a tener otro remedio que hacer una visita a Davidus.

Ella se puso una mano en el pecho.

—Es un hombre peligroso...

—Lo sé —sonrió Cardlin—. A pesar de todo, iré. ¿Puedo pedirle un favor, Thea?

—Sí, desde luego, Bat, lo que usted quiera.

—Espero que me traigan unos materiales que he pedido, para hacer la primera prueba de mi cronomóvil —manifestó él—. Si no tiene inconveniente, ¿quiere quedarse en casa para recibirlos?

—¿Sólo eso, Bat? —dijo Thea, decepcionada.

—Es suficiente —contestó Cardlin—. Y, créame una cosa; su tesis doctoral me ha dado unas nuevas ideas que, espero, me van a servir de mucho en la construcción de mi cronomóvil.

CAPITULO VIII

Davidus se disponía a salir de su casa. Abrió la puerta y se tropezó con un hombre que estaba en el umbral.

—¿Eh? —dijo Davidus.

—Vuelva adentro —sonrió Cardlin—. Tenemos que hablar.

Davidus miró fijamente a su visitante. De pronto, se llevó la mano al cinturón.

Cardlin disparó su puño. Medía diez centímetros más que Davidus y su peso era, superior, por lo menos, en quince kilos.

Davidus dio una voltereta en el aire y cayó al suelo. Cardlin avanzó dos pasos, cerró la puerta y se inclinó para recoger el tubito que asomaba por el cinturón.

—No está mal —aprobó.

Probó el artefacto. Un agujero negruzco se abrió en uno de los costados de un jarrón de adorno.

—Así que con esto provocó el «accidente» que le costó la vida a Bernil —murmuró.

Davidus yacía sin sentido. Cardlin paseó la vista por la estancia y se fijó en una especie de consola que había en uno de los lados.

Registró los cajones. El esfuerzo resultó inútil.

A los pocos minutos, Davidus se agitó en el suelo. Cardlin se volvió hacia él.

—¿Por qué me ha pegado? —preguntó Davidus, cuando se hubo recuperado.

—Porque es usted un asesino —contestó Cardlin, impasible.

—Está loco —bufó Davidus.

Cardlin le tiró a la cara una de las fotografías obtenidas por Thea. Davidus se puso lívido.

—La muerte de Awrton no ha servido para nada —dijo Cardlin—. Ya sabemos que estuvo usted en la DET el día y a la hora en que Bernil sufrió su «accidente».

Davidus calló. Cardlin se dio cuenta de que el asesino buscaba una excusa aceptable para salir del atolladero en que se encontraba.

—Escuche, le diré...

Cardlin no dejó seguir hablando al asesino.

—Lo único que quiero que me diga es el paradero de la grabación auténtica sobre Esteban K'narn. La que usted colocó en la DET está falseada.

—Se equivoca, Cardlin, yo no...

—Me conoce, ¿eh? —sonrió el joven—. Yo no he pronunciado ningún nombre, pero usted el mío. Eso me da muy mala espina,

capitán. Tanto, que empiezo a sospechar que la siguiente víctima de la lista soy yo.

La cara de Davidus se crispó. Cardlin supo así que su tiro había dado en la diana.

—¿Dónde está la grabación? —preguntó, inflexible.

Davidus continuaba guardando silencio. De súbito, sin mediar palabra, se arrojó contra Cardlin y le golpeó con la cabeza en el pecho.

Sorprendido, el joven cayó de espaldas. Davidus lanzó un bramido de cólera y se precipitó hacia el tubo de luz sólida.

Cardlin se incorporó ágilmente y pudo alcanzar la mano del asesino, antes de que oprimiese el botón de disparo. Los dos hombres forcejearon unos instantes.

El tubo se disparó de pronto. La descarga alcanzó a Davidus bajo la mandíbula y le atravesó el cerebro.

Cardlin se separó un par de pasos. Davidus se desplomó, fulminado por la descarga.

Durante unos segundos, Cardlin contempló al caído. Luego, meneando la cabeza, volvió al interior de la casa.

Estuvo casi dos horas, pero no encontró lo que buscaba. Decepcionado, abandonó el departamento y regresó a su casa.

*

Thea estaba en medio de un impresionante montón de bultos, cuando llegó Cardlin.

—Me siento pasmada —dijo—. ¿Para qué quiere tantos cachivaches?

Cardlin sonrió.

—El cronómetro capaz de llevar a dos personas al futuro, si funciona, necesitará una gran dosis de energía.

—¿Dos personas?

—Sí, el constructor y un acompañante, como testigo.

—¡Yo seré el acompañante! —clamó Thea.

—Me lo imaginaba. Pero, ¿no siente miedo...?

—Muchísimo —confesó ella—. Sin embargo, un viaje al futuro, ¡resulta tan atractivo!

—Lo mismo pienso yo, pero debe tener en cuenta que no vamos a divertirnos, sino a solucionar un grave problema.

—Comprendo. ¿Cuándo empezamos a trabajar?

Cardlin observó el entusiasmo que resplandecía en los ojos de la muchacha y sonrió:

—¿Qué me dice de su empleo? —preguntó.

—Enviaré una nota diciendo que estoy enferma. Además, Hugo

Cari, el director, está a punto de regresar.

—Muy bien, en tal caso, no se hable más. Cuando quiera...

—¡Un momento, Bat! —le interrumpió Thea—. Usted fue a hacer una visita.

—Sí, es cierto.

—¿Qué ha logrado?

—Prácticamente, nada; la otra grabación no estaba en casa de Davidus.

—Estará en otro sitio, mucho más protegida. ¿Qué ha dicho Davidus?

—Se puso muy furioso, naturalmente.

—Es un enemigo peligroso...

—Ya no es enemigo de nadie, Thea.

Sobrevino un espacio de silencio. Thea miraba al joven con los ojos muy abiertos.

—¿Ha muerto? —preguntó al cabo.

—Sí, y como se decía antiguamente, en legítima defensa.

Thea apoyó su mano en el brazo del joven.

—Davidus era un asesino; usted no tiene nada que reprocharse —dijo.

—No lo siento..., pero tampoco resulta agradable matar a un semejante, Thea.

—Usted ha salvado la vida y eso es lo que cuenta, Bat —exclamó ella con acento lleno de firmeza.

*

—¿Hay noticias del capitán Davidus, coronel?

—Ninguna hasta ahora, señor presidente —contestó Hartz.

Duquesne frunció el ceño.

—Es raro —comentó—. Ya tenía que haber venido a verme...

—¿Quiere que envíe a alguien a su casa, señor?

—Esperemos un poco todavía —aconsejó Duquesne—. Ah, tengo entendido que usted deseaba facilitarme una información.

—Así es, señor. Se refiere a la muerte de Esteban K'narn.

Duquesne arqueó las cejas.

—Se dio la noticia en el último boletín televisado —contestó—. ¿Ocurre algo de particular?

—Sí... y no, señor.

—Vamos, vamos, Hartz, explíquese usted, no me venga con rodeos. ¿Qué es lo que sucede?

Hartz vaciló todavía unos instantes. Luego, de pronto, metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre, cuyo contenido volcó sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —se asombró Duquesne.

—Restos de un robot, no desintegrados por la descarga que, aparentemente, mató a K'narn.

Duquesne saltó en su asiento.

—¿Cómo? ¿Pretende decirme que fue una ejecución simulada? —gritó.

—Así es, señor. Todavía hay más: he averiguado que K'narn y Cardlin eran, o son todavía, grandes amigos.

—De modo que ese tipo nos ha engañado...

—Justamente, señor; fue una muerte simulada.

Duquesne se acarició la mandíbula.

—Hortz, ¿sabe usted qué pena se impone al que desobedece una orden emitida por el Gran Senado? —preguntó.

—Sí, señor —respondió el coronel.

—En tal caso, ¿quiere usted encargarse del caso Cardlin?

—¿Es una orden oficial, señor?

—Sí, coronel. Le ordeno proceder contra Cardlin. Además, averiguará el paradero de Esteban K'narn y le dará muerte, Hortz se inclinó.

—Así lo haré, señor presidente —contestó.

Al quedarse solo, Duquesne emitió unas cuantas interjecciones, con las que pretendía desahogar su mal humor. Luego, algo más tranquilizado, hizo funcionar su interfono: —Señorita —dijo a la secretaria—, convoque reunión del Gran Senado para esta tarde, a las veinte horas. Asunto: elección del sustituto del Vigésimosegundo Gran Senador.

—Bien, señor presidente; haré la convocatoria en la forma acostumbrada —contestó la secretaria.

*

—¿Funcionará este trasto? —preguntó Thea, aprensiva.

—Funcionar, ya lo creo que funcionará —contestó Cardlin—. Ahora bien, el resultado...

Los ojos de Thea contemplaron el aparato que tenía frente a sí: una especie de burbuja transparente, de unos dos metros de diámetro, en cuyo interior había dos cómodos sillones.

Todo había llegado prefabricado, de modo que no había hecho falta sino montar y acoplar los distintos elementos del cronómetro. Lo único que había añadido Cardlin por su cuenta eran el elemento propulsor espaciotemporal, construido por él mismo, y el contador de tiempos, por fracciones de segundo, minutos, horas, días, meses y años.

—¿Adónde vamos a ir? —preguntó ella, tras unos minutos de

silencio.

—Usted dijo que la catástrofe se iba a producir dentro de unos trescientos años.

—Aproximadamente, pero en la grabación no vimos nada...

—Es cierto. ¿De dónde habrán sacado que mi amigo va a destruir la vida sobre el planeta, con sus elucubraciones filosóficas?

Thea se encogió de hombros.

—No lo sé, pero, ¿por qué no investigamos?

—Muy bien, vamos allá.

Cardlin abrió la portezuela del aparato. Thea ocupó uno de los asientos.

El joven se sentó en el otro. Con gran atención, marcó las cifras correspondientes en el contador temporal y se dispuso a dar el contacto.

La puerta del laboratorio se abrió de repente. Cardlin y Thea vieron a un hombre bajo el dintel.

—¡Coronel Hartz! —exclamó Cardlin, vivamente sorprendido por la presencia del individuo.

Hartz no estaba menos asombrado. El aparato que tenía ante sus ojos resultaba enteramente nuevo para él.

—Ingeniero —dijo.

Cardlin tenía la portezuela abierta.

—¿Qué le ocurre, coronel? —preguntó—. ¿Se da cuenta de que ha entrado en una casa ajena, sin permiso del dueño?

—Las circunstancias excusan ciertos trámites, ingeniero —respondió Hartz secamente.

—Explíquese, por favor —pidió Cardlin.

—He investigado la ejecución de Esteban K'narn. Encontré restos de un robot en el lugar donde K'narn murió supuestamente. Por lo visto, la descarga desintegrante no actuó con la suficiente eficacia.

—Bien, Esteban es mi amigo. Hablando sinceramente, yo no podía asesinarlo.

—Una orden emitida por el Gran Senado no se puede desobedecer, ingeniero. Es algo que se debe cumplir inapelablemente.

—Coronel, todavía conservo la facultad de decidir por mí mismo en según qué circunstancias. Y si tuviera más tiempo, le contaría algunas cosas que desprenderían la venda que tiene usted sobre los ojos.

—Soy un fiel servidor del Gran Senado —manifestó Hartz—. Y, a mi vez, he recibido otra orden.

La mano de Hartz fue hacia su cinturón.

Cardlin adivinó lo que iba a suceder y cerró la portezuela de golpe. Al mismo tiempo, con la otra mano, presionó el botón de contacto.

Hortz no tuvo tiempo de disparar su pistola. El aparato, con sus dos pasajeros, desapareció repentinamente de su vista.

La mandíbula inferior de Hertz colgó repentinamente.

—¡Diablos! ¿Adónde se han ido? —exclamó, confuso y desconcertado.

CAPITULO IX

—Caballeros —dijo Duquesne—, el asunto que promueve esta reunión, y que ya conocen ustedes, es la designación del sucesor de Thalby Cormand, Vigésimosegundo Gran Senador.

—Está muy mal, creo —habló Lo-Ho-Tsu.

—El médico le da ya muy pocos días de vida. Cormand está en estado de coma.

—Pero tendremos su documento de sucesión...

—Lo tengo —afirmó Duquesne, en respuesta a las palabras de Maltby—. Es el que todos y cada uno de nosotros firmamos al tomar posesión de nuestro cargo de Gran Senador. Para el pobre Cormand —suspiró el presidente—, ha llegado ya la hora de su tránsito a otro mundo mejor.

—Bueno, ha estado en éste doscientos ocho años —sonrió López-EIL

—Una buena marca —calificó Hara-Hinj.

—Que nos espere allá muchos años —dijo otro gran senador burlonamente.

—Eso deseamos todos —dijo Duquesne—. Y ahora, vamos a elegir al sucesor de Cormand, el cual será proclamado en la reunión que tendrá lugar tras su fallecimiento.

—¿Cuántas propuestas hay? —preguntó Maltby ávidamente.

—Cinco, pero dos de ellas se pueden desechar, por insuficientes. Estudiemos las otras tres, caballeros.

Duquesne tomó unos papeles y leyó durante unos minutos. Al terminar, fijó su vista en la pantalla.

—Opino que Burtus Emren es el más adecuado —dijo Maltby.

Todos los senadores, menos uno, dieron su aprobación a la propuesta. Duquesne se extrañó que hubiera una disidencia.

—¿Por qué no vota usted afirmativamente, Ramsgate? —preguntó. Earl Ramsgate, 19.º gran senador, vaciló.

—No estoy seguro de que Emren sea el más adecuado —contestó por fin.

—¿Tiene motivos en contra de él?

—En cierto modo, sí, pero también los tengo contra el sistema.

Hubo un movimiento de sorpresa general.

—¡La suya es la mejor oferta de todas! —gritó Hara-Hinj.

—Sí, pero Cormand no lo ha elegido —refunfuñó Ramsgate.

—Amigo mío —dijo Duquesne suavemente—, no parece acordarse de que usted mismo fue elegido por este procedimiento.

—No es necesario que me lo recuerde, señor presidente,

demasiado lo sé. Pero estimo que el sistema...

—¡Basta! —cortó Duquesne—. Definase de una vez y emita su voto.

Ramsgate se encogió de hombros.

—Puesto que soy el único disidente, ¿qué más da? —contestó displicentemente—. Pero un día voy a someter a votación una propuesta para cambiar este sistema.

—¿Ah, sí? Y, ¿puede suponerse cuál propondrá usted, senador?

—Elección popular, en lugar de hereditaria.

—Yo voy a poner y ahora mismo, otra propuesta a votación —dijo Maltby—. Propongo la expulsión de Ramsgate del Gran Senado, por incompatibilidad ideológica.

Duquesne alzó la mano.

—Calma, amigos míos, calma —dijo—. El senador Ramsgate se siente indudablemente afectado por las noticias tan pesimistas que hemos recibido sobre el estado de salud del pobre Cormand. Espero que reflexione un poco y se dé cuenta de que el sistema actual de provisión de cargos del Gran Senado es el más adecuado. Y resuelto ya este pequeño incidente, demos por aceptado, como futuro Vigesimosegundo gran senador a Burtus Emren, a quien se comunicará la noticia en el momento oportuno. Se levanta la sesión.

Duquesne cerró el televisor. Estaba de mal humor.

Las palabras de Ramsgate indicaban una oposición a sus deseos. Pero también podían ser semillero de mayores disensiones en el futuro.

Hortz pidió permiso y entró en el despacho.

—Traigo malas noticias —anunció, sin más preámbulos.

Duquesne sintió una punzada en el hígado.

—Hable, coronel —pidió secamente.

Hortz habló durante unos momentos. Al terminar, Duquesne se quedó muy pensativo:

—Así que el ingeniero y la chica desaparecieron y usted no sabe cómo ha sido.

—Efectivamente, señor. No tengo la menor idea del ardid empleado...

—A mí me parece que ya lo sé, sobre todo, si tenemos en cuenta la profesión de Cardlin. Pero deje este asunto de mi cuenta; yo lo resolveré personalmente a mi manera. Coronel, ocúpese de averiguar el paradero de Esteban K'narn y cumpla mis órdenes al respecto.

—Sí, señor.

Hortz saludó y salió. Al quedarse solo, Duquesne abrió un cajón de su mesa de despacho y sacó un cartucho de cinta grabadora.

La caja saltó en la palma de su mano unas cuantas veces. Luego, al cabo de unos instantes, se levantó y la introdujo en la ranura que

había al pie de lo que parecía la pantalla de un visófono y que, en realidad, no era sino un cronoscopio de tamaño reducido.

Las imágenes desfilaron ante sus ojos con gran rapidez. Transcurrida media hora, Duquesne vio una pareja que se paseaba por las calles de una gran ciudad.

—Me lo figuraba —dijo, complacido—. Lo vi en el sondeo cronoscópico de la otra vez, pero entonces creí que eran personajes de aquel tiempo.

Detuvo la proyección y volvió a reflexionar.

—Ahora sé dónde están, aunque no puedo hacerles nada —murmuró—. Necesitaría más potencia... y eso sólo puedo conseguirlo en otra parte. Pero antes...

Sacó el cartucho y lo volvió al cajón. Luego se dirigió hacia el interfono.

—Que venga el teniente Robbs inmediatamente —pidió.

—Sí, señor presidente. Por cierto, ¿conoce la noticia? El capitán Davidus ha...

—¿Por qué cree que llamo a Robbs, señorita? —contestó Duquesne de mal talante—. Hágalo venir en el acto; él continuará la investigación que seguía Davidus y que la muerte ha impedido concluir.

—Sí, señor presidente, lo llamaré al momento.

Duquesne cerró el interfono. Empezó a pasearse por la habitación, tratando de calmar el nerviosismo que sentía.

—Robbs completará la labor que Davidus no pudo realizar —se dijo, seguro de que había hecho una buena elección.

*

—Aquí todo parece normal, Bat —dijo la muchacha.

—Sí, yo no veo rastros por ninguna parte de la catástrofe anunciada —convino el joven.

—¿A qué año nos hemos trasladado?

—Estamos en el tres mil ciento cuarenta y nueve, Thea.

—¿Y si sé produjo más adelante? Recuerda, yo no sé la fecha con exactitud.

—¿Te parece que volvamos al cronomóvil y avancemos otros cincuenta años? —sugirió él.

—No es mala idea, Bat —aceptó la joven—. Salvo por la diferencia en los estilos arquitectónicos y en la indumentaria, todo es muy parecido a nuestra época.

Thea tenía razón, se dijo Cardlin. La normalidad más absoluta reinaba en la ciudad, de la cual, y pese a que estaban distanciados trescientos años de su época, reconocían muchas partes de su trazado.

La orografía del horizonte no había cambiado, salvo para aparecer con más vegetación, lo que, a juicio de Cardlin, era claro indicio de que en el año tres mil ciento cuarenta y nueve, los poderes públicos cuidaban con gran esmero del medio ambiente. Convencidos de que en aquella fecha no había ocurrido la catástrofe vaticinada, emprendieron el regreso hacia el cronómetro.

El aparato estaba en las afueras de la ciudad, en un pequeño valle boscoso, fuera de la vista de posibles curiosos. Tras una hora de marcha, Cardlin y Thea ocuparon sus puestos nuevamente en el interior del cronómetro.

Cardlin manejó de nuevo el contador de Tiempo, fijándolo en el año tres mil ciento noventa y nueve. Luego apretó el botón de contacto.

—¡Uf! —exclamó Thea, segundos más tarde—. Lo que nos va a costar salir de aquí.

El cronómetro estaba completamente cubierto por la vegetación que había crecido a su alrededor. Apenas si podían ver la luz del día.

—Vine preparado —dijo él.

Y sacó un machete, con el cual empezó a cortar las ramas que les impedían llegar al exterior.

Momentos después, salían fuera de la masa de arbustos y llegaban a la parte alta del valle.

—¡Pues no veo que se haya producido ninguna catástrofe! —exclamó Cardlin—. Aquí todo sigue igual, Thea. Han construido otros edificios, algunos han sido derribados..., pero el aspecto de la ciudad sigue siendo muy parecido.

—Sin embargo, no vemos gente. ¿Y si todos hubieran muerto, Bat? —sugirió la muchacha.

Cardlin titubeó un momento. Luego, con paso decidido, echó a andar.

—Vamos a averiguarlo, Thea —propuso resueltamente.

*

Lyssis llegó a la sala y, al verla vacía, se puso las manos en los costados.

—¿Dónde se habrá metido? —murmuró, perpleja.

La joven se asomó a la ventana, desde la cual se divisaba un extenso panorama. Recorrió los alrededores con la vista y, al fin, casi a doscientos metros, divisó una figura humana.

—Me lo imaginaba —exclamó— Siempre está a vueltas con sus malditos cálculos...

Lyssis regresó al dormitorio y se cambió de ropa, sustituyendo la que llevaba puesta por un atractivo traje de baño. Luego salió de la

casa y echó a correr alegremente ladera abajo, en busca del hombre que trabajaba a la sombra de uno de los árboles que crecían abundantemente en aquellos parajes.

—¡Esteban! ¡Esteban! —gritó la joven, sin dejar de correr.

El filósofo no la oyó siquiera, inmerso en sus especulaciones. Lyssis llegó a su lado y le arrebató de golpe el cuaderno sobre el cual estaba escribiendo.

—Pero, Esteban, ¿qué haces que no me oyes siquiera? Hace una hora que te llamo a gritos y tú, ni caso... ¿No dijiste que ibas a darte un paseo y luego un baño en el río?

—Es que, verás...

—¡No me des explicaciones, sabio distraído! —le apostrofó ella cariñosamente—. Deja tus cálculos y a nadar.

—Pero, Lyssis, precisamente en este momento...

Ella, arrodillada frente a Esteban, avanzó mimosamente el busto turgente y mordisqueó su nariz.

—¿Acaso valgo yo menos que tus espesas teorías? —se quejó—. El mundo no se va a acabar porque te diviertas un poco, hombre. ¡Vamos, al agua!

Esteban la contemplaba embobado. Lyssis, de pronto, se puso en pie y agarró una de sus manos, tirando de él hacia el río, situado a treinta o cuarenta pasos.

—Venga, búho, a ver si de paso te lavas también las telarañas de tu cerebro.

Esteban rió fuertemente y se dejó llevar por la joven. Le agradaba el carácter, exultante y comunicativo, de Lyssis. De pronto, la levantó en vilo y corrió con ella hacia la orilla.

Lyssis reía y gritaba, feliz. Un fingido chillido de susto brotó de sus labios, cuando se vio volando por los aires, en unión del filósofo.

Los dos emergieron chorreando agua, felices y contentos. Durante algunos minutos, jugaron a perseguirse en el remanso, tratando el uno de alcanzar al otro. De repente, cuando más entretenidos estaban, se vio brillar en la colina un tremendo fogonazo, a la vez que sonaba una terrorífica explosión.

Esteban y Lyssis, atónitos, suspendieron sus juegos, para contemplar la espesa nube de humo y polvo que flotaba sobre el lugar en que pocos instantes antes había estado la casa de recreo. Ninguno de los dos alcanzaba a comprender las causas de aquella misteriosa explosión.

Un poco más lejos, en un bosquecillo situado al otro lado, el coronel Hartz contemplaba satisfecho el resultado de su obra.

—Viendo un espectáculo como éste —se dijo—, a veces agrada el papel de verdugo.

Y luego, sin volver siquiera la vista atrás, subió a su aeromóvil y se

alejó de allí, pues el presidente Duquesne debía enterarse de que, al fin, Esteban K'narn estaba muerto.

CAPITULO X

Hervé Duquesne llegó a la Dirección de Exploraciones Temporales y se encaminó directamente a la cámara de operaciones. En aquellos momentos, ya sólo quedaba un operador en la cámara.

—Señor presidente —exclamó el hombre, sorprendido.

—¿Cómo está usted? —saludó Duquesne urbanamente—. Deseo hacer un sondeo cronoscópico, pero es sobre un asunto reservado.

—Sí, señor —contestó Tony Ralston.

Duquesne consultó su reloj.

—Por la hora, deduzco que ya estaba usted a punto de terminar su trabajo —manifestó—. Puede irse ya; quizá yo tenga que permanecer aquí más tiempo del debido.

Ralston vaciló.

—Perdón, señor, no es un procedimiento regular...

—¿Desconfía usted de mí, joven? —preguntó Duquesne altivamente.

—Por supuesto que no, señor presidente. Sólo quería advertirle...

—Conozco bien las reglas, muchacho. Este es un asunto de Estado de la máxima importancia.

—Muy bien, señor, siendo así, no hay nada que objetar. Le ruego me dispense, señor presidente.

—Todo lo contrario, amigo mío —rió Duquesne, ahora benevolente—. Me agrada observar el celo de los empleados de la Administración Pública. Gracias, amigo mío.

—Tony Ralston, para servirle, señor presidente.

El joven hizo una inclinación de cabeza y se marchó. El círculo de vidrio rodó a un lado y la cámara quedó cerrada.

Acto seguido, Duquesne se sentó ante el pupitre e insertó en la ranura correspondiente el cartucho de cinta que había traído consigo. A continuación, manejó los controles con gran habilidad.

Las escenas se reprodujeron en la pantalla a enorme velocidad. Duquesne observaba atentamente el contador de fechas.

Repitió una fecha que ya había observado en su propio descanso.

—Aquí no están —murmuró.

Siguió avanzando en su observación cronoscópica. A medida que pasaban los años, su ceño se hacía más y más sombrío.

—Ese maldito ingeniero fue capaz de construir... —masculló en una ocasión.

Un juramento brotó de súbito de sus labios. Cardlin y Thea acababan de aparecer en la pantalla. El joven llevaba pendiente del hombro una caja cuadrada, metida en una bolsa de tela negra.

Duquesne observó la fecha y volvió a jurar.

—¡Están en el tres mil ciento noventa y nueve! —rezongó.

Reflexionó unos momentos. Era un sondeo cronoscópico visto una vez, pero sin profundizar detalles. Lamentó no haberlo hecho antes, pero el asunto aún tenía remedio, se dijo.

Estudió los controles un instante. Hizo girar un par de diales y movió unas cuantas teclas.

Conectó el mando de energía máxima. Sonreía diabólicamente cuando apretó el botón de contacto.

Una fuerza invisible se apoderó de la pareja, lanzándolos en el acto sobre una playa solitaria. Duquesne contempló la fecha y lanzó una aguda carcajada.

—¡Ahí os quedaréis para siempre, en el año cuatrocientos mil! —exclamó, satisfecho del resultado de su obra.

Cerró el contacto y la pantalla se apagó. Presionó un resorte y el cartucho con la cinta grabada saltó a su mano.

Duquesne se dirigió hacia la salida, pisando fuerte. Ahora estaba más seguro que nunca de haber eliminado todos los obstáculos.

—Menos dos —se dijo, pensando en Esteban y en otra persona—, pero esos también caerán pronto.

*

Aturdidos, ensordecidos por aquel rugido que parecía haber brotado de las profundidades de la Tierra, Cardlin y Thea rodaron por la playa solitaria.

Thea gritó:

—¡Bat! ¿Qué nos ha ocurrido?

El joven se sentó en el suelo y sacudió la cabeza.

—¡Demonios! —exclamó.

Pasmado, miró a su alrededor.

El cielo tenía un color plomizo, tétrico. El mar parecía gris y llegaba a la orilla con mansas ondulaciones, sin apenas espumas.

La playa parecía extenderse por ambos lados hasta el infinito. En todo cuanto alcanzaba la vista, no se divisaba la menor brizna de hierba, ni tampoco señales de vida humana o animal.

La tierra se extendía hacia adentro en una enorme llanura, de escasas ondulaciones, con una aridez deprimente. En aquellos instantes, Cardlin tuvo la sensación de una soledad total, infinita.

—¿Dónde estamos, Bat? —gimió Thea—. ¿Qué nos ha ocurrido?

Cardlin se puso en pie y ayudó a la joven a incorporarse.

—¿Será verdad que había de producirse la catástrofe? —exclamó.

Thea se pegó a él, muy asustada.

—Tengo miedo, Bat—dijo.

—No hay por qué temer —contestó Cardlin—. No hay a la vista fieras ni salvajes. Estamos solos...

—¿Te parece poco? ¿Qué haremos aquí, sin que nadie que nos ayude? Moriremos de hambre y sed...

—¡Thea, por favor, repórtate! Algo ha ocurrido, pero no sé qué es y conviene que lo averigüemos. Pero será peor si nos dejamos llevar por el histerismo. De momento, estamos sanos, que es lo que importa, ¿comprendes?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—A pesar de todo... —murmuró—. Esta terrible soledad...

Cardlin buscó con la vista algún signo de civilización, sin encontrar nada que le diera la menor pista sobre el lugar en que se hallaban. De repente, Thea le hizo una pregunta: —¡Bat! ¿Dónde está el cronomóvil?

—Oh, eso no me preocupa —contestó—. Está seguro...

—Pero no lo vemos, Bat.

Cardlin sonrió, mientras golpeaba ligeramente la caja que pendía de su hombro izquierdo.

—Tengo aquí el control remoto —dijo—. No es que sea un experto en cronomóviles, pero es un vehículo, a fin de cuentas. Cuando viajo en mi aeromóvil a gran distancia y me apeo luego de él, siempre llevo encima el aparato de control remoto. Resulta útil, ¿comprendes?

—Bueno, ya era hora de tener mejores noticias —dijo ella, muy aliviada—. Supongo que no nos quedaremos aquí eternamente, ¿verdad?

—Oh, claro que no; ahora mismo voy a traer el cronomóvil y volveremos a nuestra época.

Cardlin levantó la tapa de la caja. Thea dijo:

—Mira que si te llegas a olvidar ese aparatito...

—Habiendo viajado a otra época, no podía salir sin él del cronomóvil —respondió Cardlin. De súbito lanzó una sonora interjección—: ¡Rayos!

—¿Qué sucede, Bat? —inquirió Thea, alarmada.

Cardlin creía soñar. Las cifras del contador de tiempos parecían bailar ante sus ojos.

—Increíble —murmuró.

—Pero, ¿querrás explicarte de una vez? ¡No me tengas sobre ascuas! —gritó Thea, a punto de explotar.

Cardlin se volvió para mirar a la joven.

—Ahora comprendo por qué estamos en un lugar tan solitario —dijo—. Nos hemos desplazado al año cuatrocientos dos mil ciento noventa y nueve.

Thea se tambaleó.

—I... imposible... —tartamudeó.

Cardlin le puso la caja delante de los ojos.

—Míralo tú misma —invitó—. Hemos dado un salto en el tiempo de nada menos que cuatro mil siglos.

—Voy a echarme a llorar —anunció Thea—. ¿Qué haremos ahora, Bat?

—Si funciona el cronomóvil, y nada hace suponer lo contrario, dentro de unos minutos estaremos de nuevo en el año dos mil ochocientos cuarenta y cuatro, que es el nuestro.

Thea se pegó una palmada en la frente.

—Por fortuna, la estancia en los sanatorios psiquiátricos es gratuita, porque si después de todo esto, no me vuelvo loca, será un milagro —exclamó.

—Y tú eres una pesimista —refunfuñó Cardlin, molesto por la poca fe que Thea ponía en sus aseveraciones.

El mando a distancia funcionó satisfactoriamente.

—¡Uf, menos mal! —dijo Cardlin, cuando el cronomóvil apareció en el año cuatrocientos dos mil ciento noventa y nueve. Y luego, una vez a bordo, exclamó—: ¡A nuestro siglo, Thea!

*

—Encontré a Esteban K'narn, señor —dijo Hortz.

—Una noticia muy agradable, coronel —sonrió Duquesne—. ¿Qué dijo?

—No lo sé, señor; no creo que tuviese tiempo de decir nada.

—Explíquese, por favor, Hortz.

—Sí, señor. En primer lugar, recordé que K'narn era gran amigo de Cardlin. Puesto que éste simuló la muerte de K'narn, sospeché que pudiera haberle escondido en alguna parte. Hice investigaciones y logré averiguar que Cardlin poseía una casita de recreo en las montañas.

—Y K'narn, efectivamente, estaba allí.

—Sin duda alguna, señor. Salía humo de la chimenea...

Duquesne se quedó perplejo.

—¿Humo? ¿Qué tiene que ver eso con nuestro hombre?

—Los que tienen una casa en la montaña, por regla general, gustan de vivir un poco primitivamente y hacen sus comidas al estilo antiguo: leña y demás. Resulta agradable, todo hay que decirlo, puesto que contrasta con nuestra actual civilización...

—Al grano, al grano —refunfuñó Duquesne—. ¿Qué más?

—Bueno, una vez me enteré de lo de la casita, preparé un arma anticuada, pero efectiva: un lanzagranadas. El proyectil llevaba carga de U-dinamita.

—Ultradinamita.

—Sí, no convenía usar un explosivo que dejara el terreno sembrado de radiaciones. Una granada de U-dinamita es casi tan potente como otra del mismo calibre que tenga explosivo nuclear. Apunté a la casa de recreo y...

Duquesne sonrió satisfecho.

—Estoy seguro de que debo celebrar su buena puntería, coronel —dijo.

—Así es, señor.

El presidente se echó hacia atrás en el sillón.

—Hortz, ¿qué haría yo para recompensar su fidelidad? —preguntó.

—Algo muy sencillo. Propóngame para ocupar la próxima vacante que se produzca en el Gran Senado.

—¿Qué? —Duquesne casi saltó en su asiento, sorprendido por la insólita petición, pero tuvo la presencia de ánimo para no contestar con una palabrota—. Conque le gustaría un escaño en el Gran Senado, Hortz.

—¿A quién no le agradaría un cargo semejante, señor? —contestó el coronel, sonriendo.

—La verdad, tiene usted toda la razón —convino Duquesne amablemente—. Cuando se presente la ocasión, presentare su candidatura.

Hortz hizo una profunda reverencia.

—Mi lealtad se verá acrecentada cuando sea gran senador —aseguró.

Duquesne le miró a través de los párpados entornados, mientras abandonaba su despacho.

—De modo que quieres un escaño en el senado —murmuró—. Ya veremos, ya veremos...

Y casi de un modo maquinal, pensó en el teniente Robbs.

*

El teniente Robbs estaba en aquellos momentos ocupado en una labor fascinante. Para él, claro.

Robbs se hallaba manipulando en el videófono del senador Ramsgate. Trabajaba en silencio, con rapidez, las manos enfundadas en unos finísimos guantes de goma negra.

Al cabo de unos minutos dio por terminada su labor. Recogió los útiles que había llevado consigo, echándolos en una bolsa, en la cual metió también la pequeña pantalla de rayos catódicos que había formado parte hasta entonces del videófono. Cuidó de que no quedase la menor huella de su paso por aquel lugar y acto seguido, sin hacer ningún ruido, abandonó la casa.

Pero no se fue muy lejos, sino que se apostó en un lugar adecuado, con un radiovideófono portátil en las manos. Desde su punto de observación, podía ver claramente la casa del gran senador Ramsgate.

Robbs aguardó pacientemente. Ya había marcado en su aparato el número del videófono del senador. Sólo faltaba dar el contacto.

Transcurrió media hora. La luz de la estancia se encendió de pronto.

Una silueta apareció ante los ojos de Robbs. Su índice se apoyó sobre el botón de contacto.

Ramsgate oyó la campanilla y se dirigió hacia el aparato. Apretó la tecla que lo ponía en funcionamiento y, en el mismo instante, brotó un rayo de luz intensísimo.

Sonó una sorda explosión. El videófono saltó en mil pedazos, mientras Ramsgate, fulminado por la descarga, se desplomaba al suelo.

Robbs sonrió complacido. Recogió el radiovideófono y abandonó aquel lugar.

—Pobre senador —dijo melancólicamente.

Una hora más tarde, era recibido en persona por el presidente.

—Señor, la misión que me encomendó ha sido ejecutada —anunció.

Duquesne levantó las cejas.

—¿Debemos llorar la muerte del pobre Ramsgate? —preguntó.

—Así es, señor presidente. Un desgraciado accidente...

—¿Cuál ha sido la causa, Robbs?

El asesino sonrió.

—Una descarga de luz sólida. El proyector, de un solo disparo, estaba conectado a su videófono. Cuando alguien llamó al senador, el proyector se disparó y el tubo de imagen, infortunadamente, hizo explosión. Un accidente no frecuente, pero sí posible.

—Tiene usted una imaginación muy viva, teniente —elogió Duquesne—. Me gustaría hacer algo para recompensarle a usted. ¿No me sugiere nada?

—El deber cumplido es mi mejor recompensa —contestó Robbs altisonantemente.

—Vamos, vamos, muchacho... El capitán Davidus ha fallecido recientemente. Usted ocupará su vacante o... Mejor todavía, ¿qué le parecería el puesto del coronel Hartz?

—Señor presidente, sería un ascenso inmerecido. El coronel es persona de gran eficiencia...

—Sí, claro, y su puesto está ocupado. Pero si llegase a quedar vacante, sería para usted, Robbs.

Los dos hombres se miraron en silencio, sin pronunciar una sola palabra. Robbs entendió fácilmente lo que Duquesne quería.

—Temo que pronto va a estallar otro tubo de imagen —dijo el asesino, sonriendo malignamente.

CAPITULO XI

Thea se apeó del cronomóvil con paso inseguro y Cardlin tuvo necesidad de sostenerla por un brazo.

—Vamos a la sala —dijo—. Nos está haciendo falta un buen trago.

Thea asintió en silencio. Cardlin preparó dos buenas copas de coñac, mediante las píldoras correspondientes. La muchacha tosió un par de veces, pero el color volvió pronto a su cara.

—Menos mal que ya estamos en casa —dijo—. Empezaba a temer que nos quedaríamos «allí» para siempre.

—El cronomóvil funciona satisfactoriamente —contestó él, orgulloso de su obra—. Pero tendré que estudiar un procedimiento para evitar influencias externas, un circuito aislante personal o algo por el estilo.

—¿Cómo? —Thea le miró sorprendida, aún con la copa en la mano.

—Lo que nos ha pasado no se debe a un error de manejo —declaró Cardlin—. Alguien nos proyectó al siglo cuatro mil uno.

—¿Es posible una cosa así?

—Creo que sí. Actuando sobre el cronoscopio..., pero esto tengo que estudiarlo más a fondo. Y protegernos para lo sucesivo.

—Comprendo —dijo Thea, muy preocupada—. Bat, ¿crees que ahora podrían hacer lo mismo?

—No, puesto que no aparecemos en ninguna grabación de sondeo cronoscópico. Estamos en el mismo ámbito temporal que el que nos envió al siglo cuatro mil uno, ¿comprendes?

—Sí, Bat. Eso significa que se puede arrancar a una persona de su época y proyectarla a otra distinta.

—Por lo que hemos tenido ocasión de ver, así es. Es una nueva perspectiva cronoscópica y habrá que estudiarla a fondo.

—¿Ahora?

Cardlin sonrió.

—Estás cansada —dijo—. Tomaremos algo de comer y luego dormiremos. Mañana será otro día.

—Sí, tienes razón; este viajecito me ha dejado los huesos molidos —convino Thea, a la vez que se ponía en pie, con las manos en la cintura—. Entre ida y vuelta, hemos viajado más de ochocientos mil años.

—No es una futesa, desde luego —convino él.

Por la mañana, cuando se levantó, Thea preparó el desayuno. Llamó a la puerta del dormitorio de Cardlin, pero el joven no contestó.

Alarmada, abrió la puerta y vio que la cama estaba vacía. Corrió al laboratorio y lo vio sentado ante la computadora, con el pelo revuelto y los ojos encarnados.

—¡Bat, qué susto me has dado! —exclamó.

Cardlin se volvió hacia ella.

—De repente, me desvelé —explicó—. Era muy temprano todavía y me puse a trabajar.

—El desayuno está listo —dijo ella—. Tú mismo hablaste de descanso o algo parecido, si mal no recuerdo.

—Es cierto —concordó él con una sonrisa—. Vamos a desayunar.

Mientras lo hacían, Thea, muy intrigada, dijo:

—Sospecho que esa repentina falta de sueño se debe a una idea que se te ocurrió de repente, Bat.

—Es cierto —admitió él—. Debía de yacer en mi subconsciente y el sueño la hizo aflorar a la superficie. Entonces, comprendí que no podía perder el tiempo en la cama y me levanté.

—¿Es buena la idea? —preguntó ella.

—Bastante buena y lo que me sorprende es no haber dado antes con ella, Thea.

—Me tienes terriblemente intrigada, Bat —sonrió la joven—. ¿Por qué no me lo explicas?

—Con mucho gusto —accedió él—. La exploración cronoscópica se hace a base de ondas que se emiten en el tiempo y que permiten ver y recoger gráficamente las imágenes de lo que va a suceder o que ha sucedido ya. Algo así como la radio y la televisión, aunque, por supuesto, infinitamente más complicado.

—Es cierto, Bat. ¿Qué más?

—Bueno, si una emisora de televisión está en funcionamiento yo puedo captar sus imágenes y su sonido, siempre que mi receptor esté en la frecuencia adecuada. Lo mismo sucede con la radio, ¿no es así?

—Efectivamente. Sigue, por favor; esto se pone muy interesante.

—Por tanto, he empezado a idear un sistema para captar las imágenes recibidas por un sondeo cronoscópico. Con la grabadora correspondiente, claro está.

—¿Qué pasaría en tal caso, Bat? —quiso saber Thea.

—Sencillamente, tendríamos la prueba de la conspiración urdida contra mi amigo... y de la muerte de su tío.

Ella reflexionó un momento.

—Oye, Bat, ¿y no sería mejor que tú construyeras tu propio cronoscopio?

—La ley lo prohíbe. Además, los detectores de la DET entrarían en funcionamiento inmediatamente.

—Muy bien, aunque así sea, tendrías que conseguir que se proyectase la grabación del sondeo auténtico y no el falsificado.

¿Cómo lo harías?

Cardlin suspiró.

—Con el de la construcción de mi aparato, es otro problema punto menos que insalvable —contestó.

—Yo te daré una solución —sugirió ella—. Busca la grabación original, Bat.

—Sí, pero, ¿quién la tiene?

Ella le llenó de nuevo la cafetera.

—¿Es que no te sientes capaz de imaginarlo? —preguntó.

Cardlin guardó silencio unos momentos. Thea añadió:

—Por supuesto, puedes trabajar en tu receptor paralelo, pero no dejes de pensar de cuando en cuando en el escondite de la grabación legítima y no la falsificada.

El joven asintió. Después del desayuno, volvió al trabajo, mientras Thea, desocupada, se entretenía en arreglar un poco la casa.

Para distraerse, conectó un programa de noticias. Así se enteró de la muerte de Ramsgate.

El suceso la afligió mucho, porque Ramsgate había sido un gran amigo de su padre.

A mediodía, Cardlin hizo un alto para tomar un tentempié. Se disponía a reanudar el trabajo, cuando llamaron a la puerta.

*

Thea abrió y se encontró con una pareja en el umbral.

—Usted es Esteban —dijo.

El recién llegado sonrió.

—Sí —confirmó—. Esta chica que me acompaña es Lyssis.

—¡Esteban! —gritó Cardlin—. ¿Qué diablos haces aquí?

El filósofo empujó a Lyssis.

—Entra —dijo—. Tengo que hablar contigo, Bat.

—Claro, hombre. Thea, te presento a Lyssis de Groff.

—¿Cómo estás, Lyssis? —saludó la muchacha.

—Me alegro de conocerte —sonrió la otra.

—Esteban, ¿qué tal te ha ido con tu... ama de llaves? —preguntó Cardlin maliciosamente.

—Tan bien, que ya nos hemos casado —contestó el filósofo.

—¡Atiza, vaya una sorpresa!

Thea abrazó y besó a Lyssis.

—Te felicito —dijo.

—Gracias, Thea. Espero pronto decirte lo mismo —sonrió Lyssis.

—Bueno, Esteban, pero, ¿has venido sólo para decirme que Lyssis es tu esposa? —preguntó Cardlin.

—No, claro que no —contestó el filósofo—. Se trata de algo más

importante.

—Ayer por la mañana, volaron tu casa, Bat —dijo Lyssis.

Cardlin se quedó atónito.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes —confirmó Esteban—. El pedazo más pequeño que queda cabe en la palma de mi mano.

—¡Caramba, es otra noticia gorda! —exclamó Cardlin.

—¿Cómo sucedió? —inquirió Thea.

Esteban se encogió de hombros.

—Ah, eso es lo que me gustaría saber —respondió.

—Nuestra suerte fue que en aquellos momentos estábamos bañándonos en el río, a doscientos pasos de distancia —declaró Lyssis

—. De otro modo, a estas horas no lo contamos.

Cardlin y Thea intercambiaron una mirada.

—«El» otra vez —dijo.

Thea asintió.

—Indudablemente —convino—. Pero, ¿cómo se ha enterado, si, oficialmente, Esteban ha muerto?

—Lo descubriría de alguna forma y eso no es importante ahora —contestó Cardlin—. Más importantes son tus trabajos, Esteban —añadió.

—Oh, en cuanto a eso no me importa demasiado —manifestó el filósofo—. La mayor parte de mis originales se quedaron aquí y sólo me llevé algunos apuntes, varios libros de consulta y la psicocomputadora. Esto es algo que se puede reponer fácilmente.

—Esteban, si no me equivoco, tú, en la Universidad, habías avanzado alguna de tus teorías, ¿no es así?

—Cierto. Nunca hice un secreto de ello, Bat.

—Ya, eso explica muchas de las cosas que están pasando. Pero voy a darte un consejo: pon a salvo todos tus trabajos. Si se pierden, resultará algo verdaderamente lastimoso.

—No me importaría empezar otra vez. Soy joven...

—Esteban, al que ordenó asesinarte, tampoco le importaría ordenarlo por segunda vez. O por tercera, todas las que hiciesen falta, ¿comprendes?

Lyssis se puso pálida.

—Yo no quiero que le pase nada —exclamó.

—En tal caso, será mejor que no se mueva de aquí —dijo Cardlin—. Yo iré a buscar lo que necesites.

—Pero no dejes de tener cuidado tú también —aconsejó Thea—. Hay alguien que parece empeñado en producir catástrofes antes de lo que señalan los sondeos cronoscópicos.

Cardlin sonrió.

—Estaré pensando en ello todo el tiempo —contestó.

—¿Qué harás cuando hayas resumido tus especulaciones? —preguntó Thea, cuando entraba en la sala con una bandeja en las manos, llena de comida.

—Publicar el libro, naturalmente —contestó el filósofo—. En forma antigua y también en cartuchos de cinta para las máquinas lectoras.

—¿Crees que eso servirá para el futuro?

—Así lo espero. Mis especulaciones sobre el porvenir no se basan en sondeos cronoscópicos, sino en cálculos hechos a base de las circunstancias; de cada caso, comparándolos con otros sucesos análogos ocurridos en el pasado y elaborando los futuribles más apropiados...

La campanilla del videófono sonó de nuevo.

—Perdona —sonrió la muchacha—. Lyssis, ocúpate de alimentar a fu esposo.

Thea se acercó al aparato y lo puso en funcionamiento. Una cara conocida se hizo visible en la pantalla.

—¡Tony! —exclamó ella, vivamente sorprendida.

—Hola, Thea —saludó Ralston—. ¿Molesto?

A través del objetivo de su videófono, Ralston podía ver parcialmente a la pareja de huéspedes.

—En absoluto —contestó la joven—. ¿Qué ocurre?

—Verás... quise hablar contigo, pero tu madre me dijo que no estabas en casa y me dio este número...

—Sí, es el del ingeniero Cardlin. Dime, Tony, ¿sucede algo?

—Bueno, es algo... Nunca me había pasado una cosa semejante. Duquesne, el presidente del Gran Senado vino a la cámara de Exploraciones Temporales y se quedó solo allí.

—Hola —dijo Thea—. Eso es muy interesante, Tony. Continúa, por favor.

—Bueno, yo intenté protestar..., pero, ¿quién se resiste al mandato del propio presidente? Allí se quedó solo y...

—Comprendo, Tony. ¿Sabes lo que hizo?

—Eso es lo curioso; no utilizó ninguna de las cintas grabadas que tenemos en el archivo.

—¿Cómo lo sabes, Tony?

—Por el registro, que graba automáticamente la cifra de la cinta consultada o si se ha empleado una en blanco para una nueva exploración cronoscópica.

—Entiendo —dijo la joven—. De modo que no utilizó ninguna de las cintas archivadas.

—No, el espacio correspondiente está en blanco, como si alguien hubiera borrado las cifras de identificación de la cinta consultada... si es que consultó alguna.

—¿Nada más, Tony?

—Sí, hay otra cosa; el registro de energía señala un anormal consumo durante unos breves segundos. Ello ocurrió poco después de haberme ido yo, Thea.

—¿Puedes explicarme qué significa ese consumo extraordinario de energía?

—Sin pruebas contundentes, no, aunque yo diría que se debe a la proyección de una parte de la grabación a una época muy distinta de la nuestra en el futuro.

Thea recordó inmediatamente el viaje hecho al año 400.299.

—Eso puede ser factible, ¿no es así? —dijo.

—Pero ilegal, porque interfiere en las acciones de las personas que viven en nuestro futuro. Podría provocar un cronoclismo...

—Sí, ya comprendo. Gracias por todo, Tony; ha sido una información muy útil.

—Me pareció conveniente decírtelo. Ah, Thea, siento lo del gran senador Ramsgate; vosotros lo apreciabais mucho.

—Sí, era un excelente amigo de mi padre. Lástima de accidente...

—Un poco extraño, ¿no? —dijo Ralston.

—Tony, ¿qué sospechas? —exclamó Thea, aprensiva.

—He hablado también con tu padre. Ramsgate tenía ideas propias respecto a la política y discrepaba bastante de Duquesne y de otros senadores. Ramsgate contó a tu padre lo ocurrido en la última sesión del Gran Senado y se sentía muy disgustado. Hubo, incluso, quien propuso su expulsión.

—Ya entiendo, Tony.

—Ramsgate habló de estudiar otro sistema de elección que el actual, pero, según parece, por poco se lo comen vivo. Bueno, eso es todo lo que sé, Thea. Me alegro de haberte visto y hablado contigo.

—Digo lo mismo, Tony; ha sido una conversación muy interesante. Gracias por todo.

Thea cerró el aparato y se volvió hacia la pareja, mirándolos con ojos muy brillantes.

—Conque la muerte del senador Ramsgate ha sido un desgraciado accidente, ¿eh? —murmuró con acento lleno de suspicacia.

CAPITULO XII

Bat Cardlin terminó de empacar las cosas de su amigo y se dispuso a salir. Thea le había llamado momentos antes, relatándole cuanto había hablado con Ralston.

Después de algunos minutos de reflexión, cargó con los bultos y descendió a la calle, colocándolos en el portaequipajes de su aeromóvil. Sentose frente a los mandos y efectuó una consulta por radio.

Momentos después, tenía la respuesta. Cardlin programó la dirección deseada en la computadora de rumbos, dio el contacto y el aparato se elevó por sí solo.

El aeromóvil le llevó satisfactoriamente al lugar señalado. Cardlin se apeó, entró en la casa y dejó que el ascensor le llevase a uno de los pisos más altos del edificio.

Llamó a la puerta. Un hombre salió a abrir.

—¿Me conoce, coronel? —preguntó Cardlin, sonriendo.

Hortz respingó.

—¡Ingeniero! —exclamó.

—Yo mismo, coronel —sonrió el joven—. Vivo y no para satisfacción suya.

—Cardlin apoyó la mano en el pecho del sorprendido Hortz y lo empujó hacia dentro—. Tenemos que hablar —dijo.

Hortz estaba muy pálido.

—Ingeniero, yo no...

Cardlin cerró la puerta.

—No tenga miedo, hombre —exclamó—. No pretendo hacerle daño, a menos que tenga que defenderme, como en el caso del capitán Davidus.

—¡Fue usted!

—Lo admito y no me ruborizo. Davidus era un canalla... y usted no le anda mucho a la zaga. A propósito, ¿a quién he de enviar una factura por la destrucción de mi casa de campo?

—No sé de qué me está hablando...

—Vamos, vamos, coronel, estamos entre amigos. Y ya que hablamos de amigos; los que usaban mi casa de recreo, están sanos y salvos.

Los ojos de Hortz emitieron un destello de cólera.

—¡Imposible! —exclamó.

—Ah, lo admite —rió Cardlin.

Hortz se mordió los labios, dándose cuenta del desliz que acababa de cometer.

—Estaban bañándose en el río —añadió el joven—. Eran dos, claro: el filósofo y su ama de llaves, ahora su afortunada esposa. Una chica muy bonita, por cierto, y el medio adecuado para arrancar a K'narn de la ciudad ya que, de otra forma, no hubiera querido irse solo a mi cabaña. Pero claro, usted no es tonto y supo averiguar... Bueno, esto es ya agua pasada. Tenemos que hablar de otra cosa, coronel.

Hortz le miró expectante. Cardlin continuó:

—Imagino que a estas horas ya conoce la muerte del gran senador Ramsgate. Era un discrepante político de Duquesne. Fue tan osado como para sostener opiniones contrarias a las del presidente y muchos senadores. Un tipo así resulta incómodo y está mucho mejor bajo tierra, ¿no le parece?

—El senador Ramsgate murió accidentalmente...

—Ya, ya, lo mismo que Just Bernil. Hortz, no me tome por imbécil, como yo le estoy tomando a usted. Está haciendo el juego a Duquesne y cuando ya no le sirva para nada, lo arrojará a un lado, como un trapo sucio.

—Duquesne me ha prometido...

—¿Qué le ha prometido?

Hortz apretó los labios.

—Hay asuntos que no tengo por qué comentar con usted —respondió.

—Coronel, usted es un iluso, pero no voy a insistir para que cambie de modo de pensar. Ya lo hará por sí mismo... ¡sí es que Duquesne le deja tiempo para ello!

—¿Cree que el presidente me haría asesinar? —dijo Hortz burlonamente.

—En su lugar, yo no me sentiría tan tranquilo —respondió el joven—. ¿Es que no se da cuenta que todo lo que sucede ha sido urdido por Duquesne?

—El presidente no...

—El presidente es un granuja, por no calificarlo de otra forma peor —dijo Cardlin con dureza en el acento—. Pero peor para usted, si no sabe verlo.

Dicho lo cual, giró sobre sus talones y se dispuso a abandonar la casa. En el mismo momento, oyó ruido a sus espaldas.

Se volvió velozmente. Hortz se disponía a sacar algo de su cinturón.

«Un proyector de luz sólida», pensó Cardlin.

Y disparó el puño derecho, poniendo todas sus fuerzas en el empeño.

Hortz se desplomó instantáneamente. Cardlin se inclinó sobre él y le quitó el mortífero aparato.

Luego, tranquilamente, salió de la casa.

*

—Si no pensamos algo, la carrera de crímenes de Duquesne no será detenida jamás —dijo Cardlin, paseándose muy nervioso por la estancia.

—No hay forma de probar que él lo hizo o lo ordenó. Y, legalmente, la muerte de Esteban era una sentencia dictada por el senado en peso, lo que no se puede discutir ni reprobar —dijo Thea.

—Lo que sí se puede discutir y reprobar es esa ley —exclamó el joven, muy sulfurado—. Incluso, aunque las pruebas contra Esteban no fuesen amañadas.

—¿Cómo podrías demostrarlo, Bat? —preguntó el filósofo.

—Nuestro problema estriba en hallar la cinta con la grabación auténtica del sondeo cronoscópico, correspondiente a tu línea temporal. Es obvio que Duquesne preparó, o hizo preparar, una cinta con la supuesta catástrofe, y ésta es la que se halla en el archivo de la DET. ¿Dónde está la otra?

—A mí me gustaría saber por qué se hizo una exploración cronoscópica de la línea temporal de Esteban —manifestó Lyssis.

—Es algo que se suele hacer cuando una persona destaca en determinada actividad, a fin de prever su futuro y el de los seres que, de una u otra forma, están relacionados con ella.

—Me gusta más mi método —dijo Esteban.

—Sí, pero existe el riesgo del error —alegó Cardlin.

—Lo cual supone un atractivo mayor y, además, permite las rectificaciones, a medida que el tiempo transcurre. De la otra manera, al ser humano se le señala una línea determinada a seguir, sin posibilidad de corrección.

—Eso ya es cuestión de opiniones. Pero tú, con tus atrevidas teorías llamaste la atención de Duquesne. De ahí proviene todo, Esteban, no te quepa la menor duda.

—Estoy pensando... —dijo Thea de repente, con los ojos casi cerrados.

—¿Algo interesante?

—Sí, Bat —contestó ella—. Muy interesante. Hay una grabación falsificada y otra que no lo es. ¿Quién ha hecho la falsificación?

—Duquesne...

—Duquesne pudo ordenarlo, pero no lo ejecutó personalmente. ¡Espera un momento! —dijo Thea de pronto, a la vez que se ponía en pie de un salto.

Corrió al videófono y marcó una cifra. Tony Ralston se hizo visible a poco.

—Hola, Thea. ¿Puedo servirte en algo?

—Sí, Tony. En el archivo hay una grabación falsificada...

—¡Eso no puede ser! —protestó el operador con gran vehemencia.

—Tony, tú eres muy ingenuo y tienes un concepto de las personas demasiado benigno. Insisto en que hay una grabación falsificada y alguien ha hecho ver lo que no es. ¿Cómo podría falsificarse una grabación, Tony?

Ralston meditó unos momentos. Luego dijo:

—Bien, sería cosa de tomar escenas grabadas y alternarlas con otras..., pero eso es imposible.

—¿Técnica o legalmente?

—Legalmente, claro.

—Pero para la técnica no habría inconveniente.

—No, claro, aunque, ¿quién se iba a atrever...?

—Alguien, Tony, alguien se atrevió, si bien desconocemos su identidad.

—Espera un momento, Thea. Dices que en el archivo hay una grabación falseada.

—Sí, en efecto.

—¿Conoces su cifra?

—Claro. Es la 170-344.

—Gracias. Mañana, cuando tome el servicio, examinaré esa grabación. Así sabré quién la registró.

—¿Cómo? ¿Es que se sabe...?

—Todo cartucho de cinta lleva grabado el nombre del operador, el día, la hora y el tiempo empleado en el sondeo cronoscópico —contestó Ralston.

—Pero el falsificador pudo no cumplir con esos requisitos.

—El cronoscopio no funciona si no se hace así, al menos, para una grabación original. Y tú misma dices que parte de esa grabación es original.

—Sí, eso creo.

—Es una precaución que se toma, precisamente, para evitar falsificaciones. Pero luego, en la reproducción, ya no es necesario, ¿comprendes?

—Por supuesto, Tony.

—El computador del cronoscopio tiene registrado todos los nombres de los operadores y sus cifras personales. Esto último, sobre todo, es algo completamente personal; yo conozco las mías, pero no las de mis compañeros. Y para hacer funcionar el cronoscopio, es preciso marcar una cifra personal de código, previamente registrada.

—Ahora ya lo entiendo. Sin embargo, si no conocemos la cifra...

—Pero está el nombre también. Y yo lo sabré mañana por la mañana.

Los ojos de Thea brillaron de alegría.

—Gracias, Tony; has tenido una magnífica idea —contestó.

Luego se volvió hacia los otros.

—Mañana tendremos el nombre del falsificador —dijo.

—Algún cómplice de Duquesne —opinó Esteban.

—Muy posible —admitió Cardlin.

—Pero, ¿por qué hace todo esto? —preguntó Lyssis, muy extrañada—. Yo no entiendo a qué vienen esos crímenes, gozando de una posición tan elevada...

—Precisamente por no perderla —respondió Cardlin escuetamente.

*

El coronel Hortz despertó después del golpe y, furioso, se tendió en la cama, pensando mil formas de vengarse del osado que le había atacado de manera tan humillante. Luego, poco a poco se fue tranquilizando, pero no dejó por ello de pensar en la conversación sostenida con el visitante.

Las palabras de Cardlin fueron infiltrándose en su cerebro. ¿Y si fuese verdad lo que el ingeniero le había dicho?

¿Y si Duquesne le estaba empleando como mero instrumento de sus ambiciones personales?

Las sospechas que sentía provocaron en su ánimo una intensa desazón. Podía hablar con el presidente, claro, pero Duquesne lo negaría todo. ¿Y cómo probar lo contrario?

De pronto, creyó oír un ruidito en la sala. Un ligero resplandor llegó hasta sus ojos.

Hortz se sentó en la cama, en silencio. Había un intruso en la casa.

Durante unos segundos, permaneció indeciso, sin saber qué hacer. Luego, de repente, se levantó y caminó de puntillas hasta la puerta del dormitorio.

Miró a través de una rendija. Había un hombre manipulando en el videófono.

Hortz lo reconoció en el acto. Y también recordó instantáneamente la muerte de Ramsgate.

Una oleada de cólera inundó su pecho. Robbs le estaba preparando una trampa en el videófono. Luego se diría que había sido un accidente y...

Ciego por la ira, abrió y se abalanzó sobre el intruso. Robbs le oyó, pero ya era tarde.

—¡Maldito! —rugió Hortz.

Robbs se incorporó velozmente, pero ya no pudo defenderse. Las manos de Hortz se habían cerrado en torno a su cuello.

Era un cerco de acero, que le ahogaba horriblemente. Robbs se echó hacia atrás un poco, apoyando las caderas en el borde de la mesa, con objeto de sacar el proyector de luz sólida, pero aquel gesto fue su perdición, porque permitió a Hartz levantar una rodilla y aprisionar su brazo.

Hartz continuó apretando, apretando, hasta que la vida huyó de aquel cuerpo y el teniente Robbs pasó al estado de cadáver.

CAPITULO XIII

Duquesne se sintió vivamente sorprendido cuando le anunciaron la visita del coronel Hortz.

—Es demasiado temprano —refunfuñó—. Que vuelva luego...

—Señor presidente, el coronel dice que se trata de un asunto urgentísimo —manifestó la secretaria.

Duquesne se resignó. Pero, suspicaz, abrió uno de los cajones de su mesa. Con el rabillo del ojo contempló la pistola desintegrante que tenía allí guardada.

Hortz entró poco después en el despacho.

—Señor presidente...

Algo cayó sobre la mesa de Duquesne. Los ojos del presidente contemplaron aquella cajita plana, que no medía más de tres centímetros de larga, por uno de anchura y medio de grosor.

—¿Qué es esto, Hortz? —preguntó.

—Una grabación de todas las conversaciones que hemos sostenido usted y yo en los últimos tiempos.

Por supuesto, es una copia sólo; el original está en sitio seguro. t

—Ah, ya entiendo —dijo Duquesne pensativamente. Juntó las manos sobre el vientre, con plácido acento y se reclinó en el sillón—. ¿Qué es lo que pretende usted, Hortz?

—El puesto de Ramsgate —respondió Hortz sin vacilar.

—El sillón de Ramsgate —murmuró el presidente—. ¿Y si yo me negase a hacer la propuesta?

—Todos los grandes senadores recibirían una copia de esa grabación. En general, le apoyan a usted, pero empezarían a pensar que, apenas discrepasen en lo más mínimo, podían seguir el camino de Ramsgate.

—Muy interesante. Coronel, ¿no ha recibido la visita del teniente Robbs?

Hortz sonrió.

—La visita del teniente Robbs significó el fin de su carrera en todos los sentidos —contestó.

—Ah, pobre Robbs. Debió de cometer un error, ¿no es así?

—Un error de los que no se perdonan. ¿Y bien, señor presidente?

Duquesne entornó los párpados.

—De modo que quiere ocupar el escaño del gran senador Ramsgate —dijo.

—Sí —respondió Hortz escuetamente.

—Y si yo no formulo esa propuesta, usted... ¿A propósito, cómo registró nuestras conversaciones?

—Llevaba una grabadora bajo la ropa. El tamaño reducido me permitió utilizarla sin que usted lo viera.

Duquesne sonrió.

—Muy astuto —admitió—. Pero también un poco tonto, coronel.

—¡Señor presidente! —respingó Hortz.

—Debiera usted de saber que en este despacho hay una interferidora en constante funcionamiento, que sólo se para, si yo lo deseo. ¿Cómo comprende que yo podría permitir que otros registrasen conversaciones comprometedoras?

Hortz tenía la boca abierta. Duquesne se inclinó hacia delante y le arrojó a la cara el cartucho de cinta.

—Aquí sólo se registran las conversaciones que a mí me interesan —añadió, tajante.

Hortz se hallaba estupefacto. De pronto, reaccionó, a la vez que emitía un alarido de rabia.

Duquesne fue más rápido. Su pistola convirtió a Hortz en humo, operación que duró solamente fracciones de segundo.

—¡Uf, qué mal olor! —dijo Duquesne, torciendo el gesto.

Y luego hizo funcionar la ventilación a toda potencia, a fin de clarificar la atmósfera del despacho.

—Bueno, mis problemas continúan todavía y aún no los he resuelto —masculló disgustadamente.

¿Convocaría una asamblea restringida, llamando a los senadores que le eran más adictos?, se preguntó.

*

—¡Sorpresa, sorpresa gorda! —dijo Ralston a la mañana siguiente.

—¿Conoces ya el nombre, Tony? —preguntó Thea ávidamente.

—Sí. Agárrate, que te vas a caer. El autor de la falsificación es Hervé Duquesne.

Hubo un momento de silencio. Luego, muy lentamente, Thea preguntó:

—¿Estás seguro, Tony?

—Absolutamente —respondió Ralston con gran énfasis.

—Está bien, gracias. Por favor, no divulgues...

—Descuida, seré mudo como una tumba —prometió el joven.

Thea desconectó el videófono y se volvió hacia los otros.

—Ya lo habéis oído —dijo—. Ahora sólo hacen falta soluciones.

Cardlin estaba sentado en un sillón, sobre cuyos brazos tenía apoyados los codos. Las yemas de sus dedos estaban juntas y su aspecto era de profunda concentración.

Esteban y Lyssis callaban también. Thea se impacientó.

—Bien, ¿nadie dice nada? —exclamó.

—Estoy pensando —contestó Cardlin.

—¿Por qué no piensas en voz alta? —sugirió ella, un tanto irónicamente.

—Hay cosas que no acabo de comprender —dijo el joven—. ¿Por qué, cuando estábamos en el siglo XXXII, fuimos proyectados al año cuatrocientos mil y pico? Lo mismo podía sucedemos ahora, ¿no es así?

—No —respondió Esteban—. Ese traslado vuestro, independientemente de las causas técnicas, fue debido a que estabais en una época que se reproducía en la pantalla del cronoscopio. No es lo mismo sondear vuestro futuro cronoscópicamente, que encontraros, precisamente, trasladados al futuro en el momento en que se realiza tal sondeo.

—Una tesis muy ingeniosa —aprobó Thea.

—La única viable —aseguró Esteban.

—Pero tu futuro fue sondeado...

—Sin que yo me hubiese movido de mi época, recuérdalo.

—Es verdad —murmuró Cardlin—. Esas exploraciones temporales fueron simples proyecciones de las consecuencias de tus teorías. Pero tú nunca viajaste al futuro.

—Como que no había un cronomóvil entonces a mi disposición.

—Entonces, el sondeo falsificado...

—Se han incluido, muy hábilmente por cierto, imágenes tomadas de un sondeo que llegó al año cuatrocientos mil, haciéndolas pasar por el resultado de un sondeo que se simuló había alcanzado el año tres mil ciento noventa. Naturalmente, todo el mundo creyó en la catástrofe —dijo Thea.

—De modo que en el siglo cuatro mil, la Tierra estará deshabitada —se estremeció Lyssis.

—Sólo vimos un pequeño sector —contestó Cardlin—. Es indudable que para aquellas fechas se producirá un gran cataclismo, aunque no se puede asegurar que la despoblación del planeta llegue a ser absoluta.

—Todo eso está muy bien —exclamó Thea, algo impaciente—. Pero no soluciona nuestros problemas.

—Sólo hay una forma de solucionarlos —dijo Cardlin.

—¿Cómo? —preguntó la muchacha ávidamente.

—Responder a la falsificación con otra falsificación.

Hubo un momento de silencio. Todos contemplaban a Cardlin expectantemente.

El joven se levantó de pronto.

—Thea, por favor, ¿quieres llamar a tu amigo Tony Ralston? Deseo hablar con él —indicó.

El interfono sonó y Duquesne se inclinó hacia el aparato.

—Diga, señorita.

—Señor presidente, una llamada muy urgente de la DET.

—Ahora estoy ocupado...

—Bien, señor; se lo diré así al operador Ralston.

El nombre llamó la atención de Duquesne.

—¿Ha dicho Ralston, señorita?

—En efecto, señor presidente.

—Bien, pásame la comunicación, señorita.

El videófono se encendió. Ralston apareció en imagen.

—¿Cómo está, señor presidente? Es un placer saludarle...

—Operador, supongo que no me habrá llamado sólo para darme los buenos días, ¿verdad? —dijo Duquesne, muy impaciente.

—Por supuesto, señor; pero me pareció oportuno usar una fórmula de cortesía...

—¡Basta, basta! Hable de una vez y no divague, hombre. ¿Es que no se da cuenta del enorme trabajo que tengo?

—Oh, sí, claro, señor presidente. Le ruego disculpe mi cortesía y...

—Pero, ¿es que se está burlando de mí? —tronó Duquesne, al borde de la congestión—. ¿Quiere que lo degrade, eh?

—No, señor, yo solamente quería decirle... Bueno, lamento tener que darle malas noticias, pero es absolutamente necesario que se persone usted en la DET.

Duquesne aguzó el oído.

—¿Qué ocurre, Ralston? —preguntó.

—Lo siento, señor; no puedo ser más explícito. En las operaciones de hoy ha surgido algo que... Si no le importa, preferiría que lo viese usted a solas. Luego, usted mismo decidirá si ese sondeo debe divulgarse o mantenerse secreto.

—Comprendo. Está bien, Ralston; iré en seguida. Pero, ¿no puede anticiparme algo?

—Lo siento, señor. Créame que no me atrevo. Es tan... tan enormemente importante que... Por favor, señor presidente.

—De acuerdo, de acuerdo, iré ahora mismo —contestó Duquesne.

Apagó el videófono y soltó un taco malhumorado.

—¿Qué diablos ocurrirá ahora? —masculló.

Abrió el cajón y contempló el cartucho de cinta que guardaba allí. Tras un ligero titubeo, se lo echó a uno de los bolsillos y se puso en pie.

—Voy a salir —anunció a su secretaria—. Suspenda todas las recepciones hasta nuevo aviso.

—Sí, señor presidente.

En la cámara de operaciones cronoscópicas, Ralston trabajaba activamente.

—Con tal que dé resultado... —murmuró, mientras daba los últimos toques a su labor.

—Lo dará, Tony, lo dará —aseguró Thea, que estaba a su lado.

Al acabar, Ralston se volvió hacia la joven.

—Pero no me gustaría que estuvieran todos aquí delante cuando él llegue —dijo.

—¿Dónde podemos escondernos? —preguntó Cardlin simplemente.

CAPITULO XIV

El rostro de Duquesne expresaba una viva impaciencia cuando entró en la DET.

—¿Y bien, Ralston?

—Se trata de un sondeo que se refiere a usted personalmente —contestó el joven operador—. Le aseguro que fue completamente casual, ¿cómo me iba yo a atrever a...?

—Basta, no siga. ¿Quiere proyectar la cinta que ha obtenido? —pidió Duquesne, muy nervioso.

—¿Desde el principio, señor?

—¡Desde el principio!

—Muy bien, señor presidente.

Ralston se situó ante el pupitre y maniobró en los controles. La gran pantalla del cronoscopio se encendió a los pocos instantes.

Atónito, Duquesne se vio a sí mismo en el despacho, hablando por el interfono con la secretaria, que le anunciaba la llamada de Ralston. Al terminar de hablar, pudo verse abandonando el edificio de la presidencia, en su vehículo oficial.

—Pero, ¿cómo es posible...?

—Calma, señor presidente —rogó Ralston—. La proyección no ha hecho más que empezar.

Momentos después, Duquesne entraba en la cámara de operaciones. Todo se repitió exactamente a como había sucedido en aquel momento.

—¡Pero yo no veo nada de particular! —exclamó Duquesne.

Y, de pronto, se dio cuenta que lo había dicho en la pantalla, pero no en la sala. Cuando quiso recordar, se encontró a sí mismo repitiendo la frase recién pronunciada en la pantalla.

—¿Qué es esto? —gritó el Duquesne de la imagen.

—¿Qué es esto?— gritó el Duquesne corpóreo.

Un hombre apareció en la pantalla.

—Yo se lo explicaré, presidente —dijo Bat Cardlin.

Duquesne estaba atónito. Antes de que él dijera nada, se le anticipaba su duplicado.

—E... explíquese, ingeniero —pidió el Duquesne que aparecía en el cronoscopio.

—Es muy sencillo, presidente —contestó Cardlin—. Simplemente, trato de demostrar que la cinta grabada y cifrada bajo el número de archivo 170-344 es una falsificación, urdida por usted, a fin de tener justificación de dictar una sentencia de muerte contra Esteban K'narn.

—¡Es mentira! —gritó Duquesne en la pantalla, un segundo antes

de que lo hiciera en la realidad.

—¿Puede asegurarlo? Duquesne, ¿no se le ha visto hace un momento, en su despacho, sacar de uno de sus cajones un cartucho de cinta y echárselo al bolsillo? ¿Por qué no lo enseña?

Duquesne se mareaba.

—Le diré —siguió Cardlin, implacable—. Usted oyó hablar de las teorías de mi amigo Esteban K'narn y ordenó realizar un sondeo cronoscópico, que dio un resultado que usted estimó funesto para sus ambiciones. Las teorías de Esteban se harán públicas y la gente empezará a tomar conciencia de que el sistema actual de Gobierno no es el más conveniente, pese a que una hábil propaganda así lo haga ver. Es preciso admitir, sin embargo, que no es tan malo, ya que ha proporcionado muchos beneficios al planeta.

»Pero ustedes, los componentes del Gran Senado, que es el Gobierno de la Tierra, tienen el cargo vitalicio, y ello les está arrastrando lentamente a la corrupción —tronó Cardlin desde la pantalla—. Uno de los orígenes de esa corrupción está en el sistema de elección de los componentes del Gran Senado... elección hereditaria, es decir, que cada senador puede designar a su sucesor para que ocupe el puesto que quedará vacante a su fallecimiento.

»No sería mal sistema, si hubiese un modo de controlar tales nombramientos, pero ahora, en los últimos tiempos, han introducido el procedimiento de hacer que los senadores vivos designen al sucesor, cuando un colega fallece... y ese sucesor ocupa el cargo porque paga más que otros. Hablando con toda claridad, es una inmoralidad absoluta. , —El Gobierno es justo —se defendió Duquesne—. Sólo pensamos en el bien de la humanidad.

—En su propio bien, querrá decir, porque cuando las teorías de Esteban se divulguen y la gente empiece a pedir otros sistemas de elección de cargos, usted y sus amigos perderán los puestos que ahora ocupan. Sí, el sondeo que usted cambió por el de la presunta catástrofe, dice claramente que dentro de unos cuarenta años se iniciará un cambio en el sistema, cambio que habrá finalizado otros cuarenta años después.

«Usted y el grupo de senadores que le apoyan tienen una edad media de cincuenta años. El cambio de sistema les haría abandonar el cargo dentro de cuarenta años, es decir, antes de cumplir cien, sin poder llegar a los doscientos como senadores. Y eso es algo que usted no podía soportar; por eso ideó la falsificación que permitiría condenar a mi amigo. Dice que no hay corrupción, pero, ¿qué más corrupción que la que permite emitir una sentencia injusta? ¿Qué más corrupción que la que permite a un hombre dictar órdenes de asesinato... e incluso asesinar por su propia mano, sin asumir por ello las responsabilidades de esas in-justicias?

En la pantalla y en la realidad, Duquesne estaba anonadado.

—Aun así, no... no hay pruebas...

—El cartucho que tiene en el bolsillo es una de esas pruebas. Luego están las acciones de Davidus, de Hertz y de Robbs, que han quedado registradas. ¿Y, para qué hablar de nuestra proyección al siglo cuatro mil?

Duquesne dio un paso hacia la pantalla.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó.

—Lo que está viendo usted en la pantalla es el sondeo que ha hecho nuestro amigo Ralston, un sondeo cronoscópico, dirigido al futuro, a un futuro muy inmediato, separado apenas por un segundo del tiempo actual. Pero ello es suficiente para que lo vean más personas.

—¿Cuántas? —preguntó Duquesne con rabia.

—En primer lugar, todos los grandes senadores. Muchos están de acuerdo con usted; yo diría que todos..., pero hay muy pocos que aprueban sus métodos sangrientos, dignos de los tiranos de épocas pasadas. Según usted, al haber un nuevo sistema de Gobierno, se producirían tensiones y conflictos que, agravándose en el futuro, conducirían a una guerra en la que la población humana quedaría exterminada. Muerto Esteban, se evitaría esa catástrofe, que usted, para no ser tachado de partidismo, estableció dentro de unos trescientos años. Pero el sondeo cronoscópico auténtico no mostraba la catástrofe, sino, estoy seguro, todo lo contrario, una forma de vida aún mejor que la que tenemos en la actualidad.

Duquesne se revolvió hacia el pupitre.

—¡Ralston, le ordeno destruir esa grabación inmediatamente! —gritó.

Cardlin se hizo presente en la sala.

—¿Por qué no lo hace usted mismo, presidente? —sugirió.

Duquesne giró la cabeza hacia el joven.

—Ah, estaba aquí —exclamó.

—¿No me ha visto en la pantalla? —sonrió Cardlin—. Si le parece, puede destruir también la grabación auténtica. Y matarme a mí y a Ralston... ¿Cuántas víctimas más necesita para encubrir sus crímenes?

Los ojos de Duquesne voltearon en sus órbitas. Con mano nerviosa, sacó el cartucho de cinta y lo puso sobre el pupitre. .

—Destruya las dos grabaciones, Ralston —ordenó.

El operador señaló una tecla.

—Hágalo usted —invitó.

Duquesne no vaciló. Presionó la tecla con un manotazo y, en el mismo momento, se sintió arrancado del suelo.

Gritó. Su voz se alejó velocísimamente.

Un furioso torbellino se arremolinó en la pantalla durante algunos

segundos. Al disiparse, se vio a Duquesne corriendo frenético por una playa solitaria y pedregosa. El cielo era gris y el mar se agitaba blandamente.

Cardlin se acercó al pupitre y dio media vuelta a una llave. La imagen desapareció en el acto.

Ralston estaba muy pálido.

—¿Qué hará ese hombre en el siglo cuatro mil? —preguntó.

—Deberá acostumbrarse al género de vida que haya allí en esa época, si es que hay vida humana —contestó Cardlin.

—¿No es un castigo demasiado severo? Ya no podrá volver a esta época.

Cardlin tomó el cartucho de cinta original y lo hizo saltar en la palma de la mano.

—Los hombres como Duquesne están mejor en otra época —dijo fríamente.

—Pero no era cierto que otros senadores estuviesen viendo...

—Fue sólo un ardid psicológico. Por supuesto, se les proyectará la grabación de lo que aquí ha sucedido. Y también se hará una proyección pública, para que la gente se entere...

—Bat, ¿no te habrás tomado demasiadas atribuciones? —preguntó Thea, que como los demás, había abandonado el escondite.

—En todo caso, estoy dispuesto a afrontar las consecuencias —respondió el joven—. Pero hay muchos senadores que, aun partidarios del actual sistema, no habrían aprobado los actos de Duquesne. Dentro de cuarenta años, según las especulaciones de Esteban, la elección será hereditaria, pero en vida del senador que deba abandonar su puesto, tras un período determinado de tiempo. Y dentro de ochenta años, esa elección se hará directamente por el pueblo.

—Tal vez un plazo demasiado largo —alegó Thea.

—Es posible, pero ya no está en nuestras manos modificarlo —contestó Cardlin.

—Bat, ¿cómo has conseguido enviar a Duquesne al siglo cuatro mil? —preguntó Esteban.

Cardlin sonrió.

—Empleando su mismo procedimiento, porque él estaba en pantalla... y se colocó directamente ante las líneas de fuerza de la emisión, que actuaban al máximo de energía.

Thea suspiró.

—Bat, ¿podemos dar por terminado el caso? —suspiró.

—Todavía tenemos que enfrentarnos con el Gran Senado y no será una tarea fácil —dijo Cardlin—. Pero estimo que hemos hecho lo que debíamos hacer: asegurar el futuro, sin falsearlo.

—Para remachar esa seguridad en el futuro, te aconsejo una cosa

—dijo Esteban.

—¿Cuál? —preguntó Cardlin.

—Cásate con Thea.

Cardlin miró a la joven y sonrió.

—¿Qué te parece la idea? —consultó.

—¡Hum! Tu futuro puede que quede así seguro, pero, ¿y el mío?

Cardlin pasó un brazo sobre los hombros de la joven y la empujó hacia la puerta.

—Vamos a probarlo —dijo.

Antes de salir, se volvió hacia Ralston.

—Tony, le prohíbo que haga ningún sondeo cronoscópico acerca de nosotros dos —añadió.

Ralston sonrió.

—No me hace falta el cronoscopio para predecir cuál será el futuro de ustedes dos —contestó—. Media docena de hijos, por lo menos —auguró.

FIN